

BOLSIBROS BRUCUERA



Lou CARRIGAN

AMEN





eb

LOU CARRIGAN

AMÉN

Colección LA HUELLA n.º 127
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 6.400 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: abril, 1977

Lou Carrigan - 1972

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

NEW YORK

CAPÍTULO PRIMERO

Desde luego, de día seguramente no hubiera salido así de la cabaña del motel, pues habría llamado la atención hasta provocar más de un colapso cardíaco; llevaba una *baby-doll* de color azul y encima, una bata que no tapaba mucho más que la íntima prenda transparente.

Si a todo esto, se sumaba la juventud y la belleza de la muchacha, no cabe duda de que la noche era el momento adecuado para la pequeña excursión con aquella indumentaria.

Se detuvo en el porche, mirando a ambos lados, como temiendo ser vista y luego, rápidamente, recorrió el corto trecho que separaba su cabaña de la conserjería del motel. Cuando entró allí, quedó como clavada en el suelo, enrojeciéndose al ver a los dos hombres, que respingaron y se quedaron mirándola como quien, más o menos, ha visto un angelito. Uno de los hombres era el conserje del Arrow Motel, al otro no le conocía, y ello aumentó más aún su turbación y su sofoco.

—¿Se le ofrece algo, señora? —Pudo ofrecerse finalmente el conserje.

La bellísima muchachita, todavía sofocada intensamente, movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Yo... yo creí... que no había nadie aquí ahora...

—Bueno... La verdad es que pronto van a relevarme, sí, pero nunca abandono mi puesto hasta que ha llegado mi compañero de noche. Si puedo servirla en algo...

La muchacha señaló la máquina expendedora de cigarrillos.

—Sólo... sólo he venido a por un paquete. A mí marido y a mí se nos han terminado, y mientras él se duchaba, yo... yo...

Fue a la máquina, introdujo una moneda, obtuvo sus cigarrillos,

sonrió tímidamente y salió disparada.

Los dos hombres quedaron silenciosos, todavía pasmados, unos segundos. Por fin, el amigo del conserje masculló:

—Demonios, Baldwin... Si esta noche va a haber un desfile de chicas como ésa, mejor será que no vayamos al boxeo, ¿eh? Podemos quedarnos aquí tan ricamente.

—La idea no es mala —sonrió el conserje—. Pero no creo que vengan más damas. Oye... ¿Oíste lo que dijo? Mientras el marido se estaba duchando, ella vino a por los cigarrillos. No ha querido esperar a que viniese él; a eso le llamo yo tener prisa... ¿Eh, tú?

Se echaron a reír los dos. Baldwin sacó cigarrillos, los encendieron... Comentó:

—Ya verás como Lance nos va a fastidiar esta noche. Si se retrasa diez minutos más llegaremos con la velada ya empezada, y me fastidia, porque...

Un alarido terrible, agudísimo, llegó hasta allí, con tal fuerza, que tuvieron la impresión de que sus tímpanos saltaban en pedazos. Esta vez saltaron de verdad de sus asientos, crispados los rostros, súbitamente demudados, perdiendo los cigarrillos... Se miraron, y de pronto, los dos se abalanzaron a la puerta. Salieron como disparados al porche, saltaron a la explanada... Más allá, detrás de un pino, un hombre con sombrero, lentes oscuras y espeso bigote, se encogió en la oscuridad mientras los dos hombres corrían hacia donde les parecía que había sonado el grito; en las otras cabañas se habían encendido luces, y algunas personas estaban saliendo precipitadamente a los porches.

Los dos hombres llegaron a la cabaña número 14, que era la que precisamente ocupaba la bella muchachita del *baby-doll* y en la cual estaban seguros que había sonado el grito. El conserje empujó la puerta, pero estaba cerrada. Precipitadamente, sacó su llave maestra, mientras gritaba:

—¡Señora Wendell! ¡Señor Wendell! ¿Están bien?

La nave ya estaba en la cerradura, y la ausencia de toda respuesta fue suficiente para el conserje. Hizo girar la cerradura, empujó la puerta, entró... y en seguida vio a la muchacha, tendida en el umbral del dormitorio, cuya luz estaba encendida. Corrió hacia allí, se inclinó sobre ella... y su rostro quedó blanco como la leche; olvidó inmediatamente a la muchacha, para quedar

contemplando, con expresión de horror desorbitado, el cuadro que se le ofrecía un poco más allá, casi en el centro del dormitorio.

—Santo Dios —oyó jadear a su amigo de pie a su lado.

El conserje se estremeció, como si acabasen de inyectarle en las venas todo un témpano de hielo recién fundido. Afuera, en el porche de la cabaña, se oían voces preguntando qué ocurría, pero Baldwin no podía oírlas. Estaba como sordo, mudo, y, lamentablemente no estaba ciego.

Habría sido mejor estarlo. Cualquier cosa antes que contemplar aquel cuadro.

El hombre que sólo podía ser Sam Wendell, yacía en el suelo, cubierto solamente con los pantalones del pijama. Es decir, debía ser Sam Wendell, porque estaba irreconocible; todo el pecho estaba lleno de sangre, que había salpicado su rostro, sus brazos, los pantalones del pijama, el suelo, la colcha de la cama... Parecía talmente que acabasen de pasarlo por un triturador.

—Baldwin —le apretó un hombro su amigo—, hay que avisar a la policía.

El conserje sacudió la cabeza. Miró a la muchacha, estaba desvanecida.

—Sí —tartamudeó—. Ve a mi oficina y llama desde allí. No debemos tocar nada aquí. Randolph... ¡Que no entre nadie!

Randolph salió corriendo hacia la cabaña-consejería... mientras por entre los pinos de la zona ajardinada del motel, un hombre con sombrero, lentes oscuros y gran bigote, se alejaba subrepticamente.

CAPÍTULO II

El teniente Templeton, del Police Department de Nueva York, se estremeció una vez más, dejó caer la sábana sobre el apuñalado cadáver de Samuel Wendell, de treinta y un años, natural de Nueva York, recién casado... y recién asesinado.

—Está bien —musitó—. Si ya habéis terminado, que se lo lleven.

El cadáver fue transportado a la furgoneta de la Morgue, que esperaba afuera. En el sucio, se marcó con tiza la posición que había ocupado. Alrededor, los técnicos de Huellas se dedicaban a su trabajo.

Templeton salió del dormitorio único de la cabaña. En el *living* había dos de sus hombres, uno de ellos intentando consolar a la bella y joven viuda, tras impedirle que se precipitase hacia la camilla donde se llevaban a su marido. El otro estaba en pie, como vigilando al conserje y a su amigo, que parecían estatuas. Templeton se dirigió directamente a Baldwin.

—¿Quiere repetirme ahora, más calmado, lo que sucedió, señor Baldwin?

—Bu-bueno, yo... yo no sé lo que sucedió, teniente. Sólo lo que vimos, lo que oímos. Fue un grito que nos heló la sangre.

—Evidentemente, la señora Wendell tenía motivos para gritar, y para desmayarse —susurró Templeton—. Repita lo que sabe, por favor.

—Pues... Bueno, es tan poco... Ella llegó a la cabaña, tal como está ahora. Randolph y yo estábamos esperando a mi compañero Lance, para que tomara su turno de noche, así que yo estaba preparado para salir... La señora Wendell llegó, y se sofocó, porque había creído que no había nadie en la conserjería. Dijo que su marido estaba duchándose y que como se les habían terminado los

cigarrillos a los dos, ella aprovechó la espera para venir a buscar un paquete a la máquina... Tomó su paquete, se fue, y cuando Randolph y yo estábamos haciendo comentarios, oímos el grito. Vinimos aquí corriendo y vimos... lo que usted ha visto también.

Templeton asintió con la cabeza, y quedó pensativo unos segundos.

—Según parece, desde que sonó el grito hasta que ustedes llegaron aquí transcurrió muy poco tiempo... Si vinieron corriendo no creo que más... de quince segundos, en total. ¿Le parece correcto el cálculo?

—Sí... sí, más o menos, eso debimos tardar desde que oímos el grito hasta que vimos el cadáver.

—Bien... ¿No vieron a nadie alejándose de la cabaña?

—No. No, no, seguro. Vimos gente que salía a las puertas, que miraba por las ventanas. Algunos vinieron también hacia aquí. Pero no vimos a nadie que se alejase. ¿Verdad, Randolph?

—Yo no, desde luego —se estremeció—. Y me habría fijado si hubiera pasado alguien, teniente.

—¿A qué se refiere?

—Bueno... Teniendo en cuenta cómo quedó el cadáver, pienso que quien lo apuñaló debió salpicarse de sangre. No menos que el suelo y la cama, por ejemplo. Y si hubiera pasado alguien manchado de sangre, nos habríamos fijado en él.

—Interesante deducción —sonrió Templeton— a la que, ciertamente, yo había llegado ya. Por supuesto, estamos ante un caso de asesinato... fulgurante; la señora Wendell sale de la cabaña a por cigarrillos, el asesino la ve, entra en la cabaña, y cuando el señor Wendell sale del cuarto de baño, le sorprende y le acuchilla salvajemente. Luego, escapa... y nadie lo ve. Todo esto, en el tiempo transcurrido desde que la señora Wendell sale de la cabaña hasta que regresa con los cigarrillos. Pongamos... un par de minutos, ya que ella, supongo, no haría el recorrido corriendo.

—No creo —casi sonrió Baldwin— llegó muy reposada y compuesta a la conserjería. Sí... quizá dos minutos, teniente.

Templeton le dirigió una mirada amablemente irónica.

—Es muy de agradecer la colaboración de ambos, señor Baldwin. Lamento que se hayan perdido la velada de boxeo... Sus nombres son Adley Randolph y Uriah Baldwin, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Por favor, denlos a uno de mis agentes, así como su dirección y teléfono. Sabemos que podemos encontrarlo aquí, señor Baldwin, pero quizá lo necesitemos en horas fuera de trabajo, ¿comprende?

—Sí, señor.

Templeton miró a uno de los del equipo de Huellas, que le estaba haciendo señas. Fue hacia allá, al umbral del dormitorio.

—¿Qué hay?

—Pues no hay nada —masculló el detective—. Afuera no se ven pisadas de hombre, teniente.

—Quizá llegó sólo con calcetines.

—Seguiremos buscando pero habrá que traer mucha más luz, o esperar a mañana, no será fácil encontrar hilachas de calcetín o algo así.

—Lo entiendo. Bien, Hoy, vosotros sabéis vuestro trabajo, así que realizadlo lo mejor posible. Lo dejo en tus manos. ¿Okay?

—Sí, señor.

Templeton se volvió y se quedó mirando a la postrada señora Wendell, a la cual finalmente, el detective que se encargaba de ella había conseguido calmar, Templeton dio un paso hacia allí, pero el detective le hizo una clara señal de que era mejor esperar todavía un poco más. El que había estado contemplando pensativamente al conserje y a su amigo, le hizo una señal y Templeton fue hacia allí.

—¿Sí, Farrow?

Farrow comenzó a cuchichear, sombrío el gesto... Y a medida que iba él hablando, una nueva expresión iba apareciendo en el rostro del teniente Templeton. Finalmente, entornados los ojos como queriendo evitar el resplandor de astucia que había en ellos, se volvió, y clavó su mirada en la muy deprimida señora Wendell, que se iba reponiendo rápidamente. Asintió con la cabeza, y se acercó con expresión solícita, pero todavía aquella chispa en los ojos.

—¿Se siente mejor señora? —susurró.

Ella alzó sus bellos ojazos azules, todavía llorosos.

—Sí... sí, un poco... mejor. Gracias.

—Había pensado interrogarla, señora, pero me parece que no conseguiría más que agravar su estado de ánimo... podemos dejarlo

para mañana si le parece.

—Yo... yo se lo agradecería, sí...

—De acuerdo, entonces, el detective Ashern que parece experto en tranquilizar a personas lastimadas, la llevara a un hotel, pues supongo que no querrá usted pasar la noche aquí.

—¡No! No, no, desde luego...

—Bien. El detective Ashern se quedará en el hotel, cerca de usted, por si precisase algo. Yo iré mañana a verla, y charlaremos. Como estaremos trabajando toda la noche aquí, es posible que pueda llevarle noticias interesantes.

—Sí... muchas gracias, gracias...

—¿Quiere que le pidamos a nuestro médico alguna pastilla para que usted pueda descansar, señora?

—No... No, no. Prefiero... prefiero...

Rompió a llorar, de pronto. Templeton apretó los labios, y le hizo una seña a Ashern, que se puso en pie, tomando del brazo a la bella viudita. Cuando ya hubieron salido de la cabaña, Templeton dejó a uno de sus hombres al cargo de la rutina investigadora allí, y se reunió con Farrow.

—Vámonos tú y yo, Farrow. Si hay alguna posibilidad de que encaje lo que tú has dicho, tenemos una noche de durísimo trabajo por delante.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente, Carol Maxwell, reciente viuda de Samuel Wendell, estaba mucho más animada. No parecía muy descansada, pero evidentemente, se había serenado. Recibió al teniente Templeton ya vestida y arreglada, pero sin maquillaje alguno, estaba pálida y un poco demacrada, cosa muy normal.

Con Templeton llegó su agente Farrow, y otro hombre, de alrededor de cincuenta años, con lentes, tras los cuales, sus grises ojos mostraban una mirada extraordinariamente perspicaz e inteligente. Templeton no lo presentó, y el hombre se sentó en el sillón, encendió un cigarrillo, y, en un instante, dio la impresión de que se había esfumado de allí. Farrow permaneció de pie, junto a una ventana, mirando con extraña atención a la joven viuda, que se sentó tras los saludos.

Templeton se sentó delante de ella.

—Respecto a lo de anoche, señora Wendell, lamento decirle que no hemos encontrado huella alguna que pueda ayudarnos, por el momento, a adelantar en nuestra investigación. ¿Usted no puede decirnos algo que nos ayude?

—¿Yo? No... Claro que no...

Templeton sacó un sobre de un bolsillo interior de la chaqueta. De él, extrajo dos fotografías de buen tamaño, que tendió a la muchacha. Cada fotografía, mostraba un rostro de mujer.

—¿Conoce a estas mujeres, señora Wendell? —musitó el policía. Ella las miró y se mordió los labios.

—No —susurró—. No, no.

—¿Está segura?

—Sí... Segura.

Templeton la miraba fijamente, casi duramente.

—Sin embargo, señora —dijo con gran suavidad— estas dos mujeres son... usted misma, ¿no es así?

—No, no... ¡Dios mío!

—Temo, señora, que su actitud la está colocando en una muy comprometida situación. Aunque yo sé que usted no lo necesita, le ruego que observe los rostros de estas dos mujeres; salvo detalles que cambian en el peinado, la longitud del cabello y su color, el maquillaje, los lentes que lleva una, el lunar evidentemente pintado que lleva la otra... yo diría que son la misma mujer. Y que además, esa mujer es también usted, señora Wendell. ¿Sí o no, señora?

—Sí... Sí, sí...

—De acuerdo —brillaron los ojos de Templeton—. Le diré cómo hemos obtenido estas fotografías. Anoche, mi agente Farrow, me dijo que, durante sus últimas vacaciones hace un par de meses, estuvo en Los Ángeles: allá, Farrow tiene un amigo personal que también es detective. Naturalmente, hablaron de cosas de la profesión, y entre los casos... extraños y sin resolver, el amigo de Farrow le explicó uno ocurrido hace cinco meses aproximadamente en Los Ángeles... Ese caso, señora Wendell, era prácticamente idéntico al que nos ocupa ahora... y también fue usted la protagonista. En Los Ángeles, se casó usted con un hombre llamado Wesley Carpenter, con este aspecto por su parte —alzó una de las dos fotografías— aquí, se llamaba usted Mirna Stevens. ¿Cierto?

—Sí...

—Bien. Con el nombre de Mirna Stevens, se casó con Wesley Carpenter, en Los Ángeles. Se fueron a una cabaña de un motel y, la misma noche de bodas, su marido fue apuñalado... Para no alargar la explicación, que sin duda usted conoce tan bien como yo, diremos que todo sucedió en Los Ángeles como anoche aquí, en Nueva York. ¿Sí?

—Sí.

—Ese caso de Los Ángeles quedó sin resolver. La policía de allá estuvo investigando en vano. Finalmente, la dejó marchar a usted. Pero, a poco de haberse usted marchado de Los Ángeles, desde el Fichero Central del Police Department de allá surgió una noticia... sorprendente: con anterioridad al asesinato de Los Ángeles, se había cometido otro, también prácticamente idéntico, en Chicago. Allá, usted era Lulu Lombard —alzó la otra fotografía—. Con este

nombre, se casó en Chicago con John Porter, el cual, como ya hemos dicho, fue apuñalado, esta vez en un hotel a orillas del lago. Tampoco la policía de Chicago pudo encontrar pista alguna sobre el asesinato, y, por fin, la dejaron marchar a usted, diciéndole, claro está, que proseguirían las investigaciones, etcétera. Le pidieron a usted que comunicara su nueva dirección, a fin de ponerla al corriente de lo que pudiesen averiguar. Sin embargo, señora, usted no envió dirección alguna a la policía de Chicago. Luego, apareció en Los Ángeles con otro nombre, se volvió a casar, le apuñalaron asimismo a su segundo marido, la dejaron marchar... y tampoco esta vez envió usted dirección nueva a la policía de los Ángeles. Anoche, finalmente, aparece usted casada con su tercer marido, Samuel Wendell, que corre la misma suerte que los otros: muere apuñalado brutalmente. En resumen, señora, tenemos una muchacha que se ha casado tres veces en poco más de un año, utilizando tres nombres: Lulu Lombard, en Chicago; Mirna Stevens, en Los Ángeles; Carol Maxwell, en Nueva York... Cada vez, con un aspecto diferente, además de nombre falso. Y tenemos a tres hombres: John Porter, Wesley Carpenter, Samuel Wendell, que han sido los sucesivos maridos de usted y que han ido muriendo prácticamente en idénticas circunstancias. Póngase ahora en lugar mío, señora Wendell: ¿qué pensaría usted?

—No... no sé... ¡no sé!

—¿No sabe? Vamos, vamos, señora —masculló Templeton—. No está usted rodeada de cretinos se lo aseguro. ¿Heredó cada vez una cantidad... digamos considerable, al quedar viuda?

—Sí... ¡Sí! Muy... muy considerable...

—Que ahora debe tener a su nombre... es decir a alguno de sus nombres, en un Banco... ¿no?

—Sí.

Templeton soltó un bufido. Luego, señaló al hombre de los ojos grises al que no había presentado.

—Le presento al capitán Hodder, de homicidios. Anoche, el detective Farrow y yo nos pusimos en contacto con Los Ángeles, expusimos el asunto y desde allá nos enviaron por telefoto las dos fotografías que le he mostrado al mismo tiempo que nos leyeron íntegros los informes acumulados de Chicago y Los Ángeles que fueren grabados y ya están pasados a máquina. A partir de este

momento, señora, queda usted en manos del capitán Hodder. Naturalmente, usted ha entendido ya que está detenida, acusada de tres asesinatos cuyo mecanismo será aclarado muy en...

—No —gimió Carol—. ¡No es cierto! ¡Están equivocados!

—¿Equivocados? —preguntó amablemente el capitán Hodder.

—Sí, sí... Yo... yo no... no he matado a nadie... ¡Dios mío, no pueden pensar eso...!

—¿No lo pensará usted? —deslizó Hodder.

—No. Bueno, no sé... Sí, quizá... ¡Es todo tan horrible, estoy asustada...! ¡Me sigue, me sigue siempre...!

—¿La sigue? ¿Quién?

—Él. ¡Él!

—¿Quién es él, señora?

—El hombre que... que me amenaza por teléfono...

Los policías cambiaron miradas de desconcierto.

—¿Qué hombre? —musitó Templeton.

—No... no sé quién es... El me... me llamó por teléfono hace tiempo, en Chicago, cuando... cuando yo iba a casarme con John... con John Porter. Me dijo... Me amenazó con hacer una... una barbaridad si yo me... me casaba con otro hombre...

—Espere, espere —cortó Hodder—. ¿Ese hombre la amenazaba con matar a su marido si usted se casaba?

—¡Sí!

—¿Y usted no conoce a ese hombre?

—No... Creo que no...

—¿Cree que no? ¿Lo... cree solamente?

—Nunca... nunca lo había visto antes...

—Antes... ¿de qué?

—De que... asesinara a John Porter... Él me ha estado siguiendo a todas partes y... y cada vez que yo me... me he enamorado, me ha llamado, amenazándome con dejarme viuda inmediatamente... La primera vez no hice caso, claro. La segunda me asusté más que la primera y decidí no volver a... relacionarme con ningún hombre. Pero aquí en Nueva York, conocí a Sam, y... Como ya había pasado tiempo y no había vuelto a tener noticias de él, pensé que... que al fin, cambiando de nombre y de aspecto, había conseguido despistarlo, que ya no sabía dónde estaba yo...

—¿Entiendo que esta vez no la amenazó durante su noviazgo

con Sam Wendell, ni antes de la boda?

—No... Esta vez, no. Por eso, pensé que... que lo había despistado... Pero ahora sé que no, sé que... que volveré a oír su voz... ¡No puedo más, no puedo más...!

Hubo un breve silencio. Por fin, Hodder murmuró:

—Según parece, existe un caballero que se dedica a amargarle la vida, señora. ¿No se le ocurre a usted por qué?

—El siempre... siempre me dice que me ama, que... que me vaya con él, que...

—¿Pero siempre por teléfono?

—Sí... siempre por teléfono. Creo que... que está loco... ¡Tiene que estar loco, yo nunca le había visto antes, nunca di motivos a nadie para estas cosas...! ¿Por qué se mete conmigo? ¿Por qué?

Hodder se quedó mirando pensativamente a la muchacha... ¿Por qué? Bueno, sin duda alguna Carol era una chica sensacional, joven, muy bonita, dulce... Era como una muñequita deliciosa, como un sueño. Llevando las cosas a términos vulgares, se podía decir que era la clase de chica por la que cualquier hombre sería capaz de todo...

—Ha dicho usted que nunca lo había visto antes de que asesinara a su primer marido. ¿Lo vio después, entonces?

—Sí... ¡Tiene que ser él! Lo he visto varias veces, siempre de lejos, en sitios muy diferentes y alejados unos de otros... Es como... como si fuese mi sombra. A... a veces, creo... creo que me lo voy a encontrar en el dormitorio, o en... en... ¡Tiene que ser ese hombre horrible!

—¿Horrible? ¿Es... feo, o deforme, o...?

—No... no sé... No me refiero a eso... En realidad, nunca he podido verlo bien... Siempre lleva gafas oscuras, sombrero... ¡Y bigote!

—¡Bueno! —resopló Templeton—. ¿Tenemos que creernos todo esto, señora?

—¡Es verdad! ¡Les juro que es verdad! ¡El los mata, él me sigue siempre, me dice que me vaya con él, me...!

—Tranquílese —pidió Hodder.

—Si todo eso es cierto —rezongó Templeton— ¿por qué no se lo ha contado usted a la policía de Chicago, a la de Los Ángeles, y a mí mismo anoche?

—Tengo tanto miedo... Si lo delato, él me matará... Siempre me lo dice. Me dice que ningún hombre podrá tenerme, que acabaré en sus brazos... Y ha comprendido que yo pensaría en avisar a la policía, porque me amenazó. Me dijo... que si lo hacía, era capaz de degollarme a mí... ¡Ay Dios mío...!

Carol rompió a llorar violentamente, y los tres hombres volvieron a mirarse. Farrow hizo intención de acercarse a la muchacha, pero una seña de Hodder le hizo comprender que era mejor dejarla desahogar. Templeton tenía el ceño fruncido y estaba bien claro que no había creído una sola palabra de aquella inquietante historia.

El capitán Hodder se puso en pie, fue hacia la ventana y encendió un cigarrillo. Durante un par de minutos, mientras Carol se iba calmando, estuvo fumando con expresión bondadosa y amable.

—Como comprenderá, señora, su historia es... difícil de creer, por no decir absolutamente inverosímil. Lo que unos policías tienen que pensar sobre este asunto es que usted misma ha ido asesinando a sus maridos, para luego quedarse con su dinero.

—¡Yo no podría...!

—Sin embargo —la interrumpió afablemente— la... realización de tres asesinatos que la policía no parece capaz de descubrir, requeriría por parte de usted, una... inteligencia y una sangre fría tan... escalofriante, que yo, personalmente al menos, me resisto a admitir. Tendría usted una... mente criminal por naturaleza, algo... en verdad espantoso. Por supuesto, existen seres así y usted o yo mismo podríamos ser uno de ellos. Pero... también podría serlo ese hombre que la llama por teléfono. ¿La ha llamado aquí, en Nueva York?

—No... ¡Pero sé que lo hará! ¡Siempre lo hace, siempre, más pronto o más tarde...!

—De acuerdo. No la ha llamado. Pero... ¿lo ha visto usted en Nueva York?

—No... Aquí, no. Ya les he dicho que precisamente al no verlo durante el tiempo que llevo aquí, creí que lo había engañado al fin, y por eso me... me atreví a casarme con Sam Wendell... ¡Pobre Sam, Dios mío, pobre...! ¡Por mi culpa...!

—Eso ya no tiene remedio —susurró Hodder—. Volvamos a ese

hombre: si ha matado a su marido es que él está aquí, en Nueva York.

Carol miró al capitán del P. D. con los ojos desorbitados por el espanto, como si hasta entonces ella no hubiese pensado en tan lógica deducción.

—Sí... sí, él... él tiene que... que estar aquí...

—Lo buscaremos. Lo vamos a acorralar. Pondré varios hombres trabajando en esto. De momento, conectaremos una grabadora al teléfono, por si él la llama; y naturalmente, montaremos el servicio de localización de llamadas telefónicas... Lo habitual. Pero además, usted tendría que dictarnos el rostro de ese hombre.

—¿Dic... dictarles...?

—Haré venir un dibujante, que siguiendo las explicaciones de usted conseguirá un retrato-robot que no dudo merecerá su aprobación, señora Wendell.

—Pe-pero... si él se entera de que lo... lo he delatado al fin, me... degollará...

—No es tan fácil cruzar un cerco puesto por la policía, se lo garantizo, señora. De todos modos, usted puede negarse a... correr ese riesgo. Pero entienda bien que si nosotros no encontramos a ese hombre no podremos creer esta extraña historia, porque los hechos que antes ha enumerado tan magníficamente al teniente Templeton, la ponen a usted camino de la cárcel... por el momento.

—¿Quiere decir que si no aparece ese hombre no me creerán, y que... que me... condenarán a... a...?

—Bueno, a lo que se la condene ya no es cuenta nuestra, pero inevitablemente, tendríamos que detenerla y sería juzgada. Mire, señora Wendell hay veces que las historias o coartadas que nos explican los detenidos, son... factibles, razonables. Pero la suya...

Movió la cabeza con gesto de incredulidad y pesar. Carol lo miraba asustada. Se pasó la lengua por los sonrosados labios y dijo:

—¿Me... protegerán ustedes si... si les dicto...?

—Nadie podrá degollarla, se lo garantizo.

—Bien... ¿Qué... qué tengo que hacer...?

—Usted, por el momento, quedarse aquí, tranquila. Seguirá custodiada por la policía hasta que yo movilice a mis hombres... Nos ocuparemos de todo.

Se puso en pie, hizo una seña a Templeton y ambos salieron al

pasillo. Templeton cerró la puerta, miró hoscamente al capitán del P. D., masculló:

—Vamos, vamos. Hodder: no es posible que usted haya creído una sola palabra a esa chica... ¿Verdad?

—¿Tiene usted alguna otra solución que ofrecerme?

—¿Qué quiere decir?

—Ni la policía de Chicago, ni la de Los Ángeles pudo probar tan siquiera remotamente que ella hubiera podido asesinar a su marido de... turno. ¿Usted puede probar algo que destruya completamente la historia de esa chica?

—Bueno... Completamente, no, pero... Mire, mis hombres no han encontrado ninguna huella que indique que un hombre entrase anoche en la cabaña del Arrow Motel así que...

—Si ese hombre, ese... míster x existe, ¿se da usted cuenta de la clase de mentalidad que debe tener?

—Sí, claro... Diabólica, desde luego. Pero...

—¿No encontraron ninguna huella cerca de la cabaña del motel?

—Hombre, claro que había huellas... Por allí cerca tienen que pasar varias personas cada día. Pero...

—¿Usted no sería capaz de entrar allá sin dejar ninguna huella comprometedora?

—¿Yo? Supongo que sí, pero...

—Si usted estuviese vigilando en la oscuridad a unas personas, esperando su oportunidad y viese salir a una de ellas, y supiese que la otra quedaba sola, ¿tendría tiempo de entrar en la cabaña apuñalar y escapar... en dos minutos?

—Pues supongo que sí. Pero...

—¿Qué perderemos buscando a ese hombre, a ese míster x?

—Perdemos tiempo, esfuerzos de los muchachos y dinero de los contribuyentes —gruñó Templeton.

—Nuestro tiempo y nuestro esfuerzo pertenecen precisamente a esta clase de trabajo. En cuanto a los contribuyentes, pagan precisamente para que nosotros realicemos ese trabajo... ¿Encerramos a la chica y damos por terminado el asunto, Templeton?

El teniente vaciló. Por fin, soltó uno de sus bufidos.

—Maldita sea, haga lo que le dé la gana. ¿Me necesita para algo?

—Si necesito su colaboración, sé dónde encontrarle. —Hodder sonrió amistosamente, tendiendo la mano—. Aunque por el momento, me permito aconsejarle que vaya a almorzar y eche una buena siesta... ¿Cómo están los chicos?

—Bien —sonrió Templeton—. Todos muy bien. Bueno qué demonios voy a hacer yo. Ha sido una noche asquerosa. ¡Menudo hueso le dejo, Hodder!

Rieron los dos, y Templeton se marchó. ¡Al demonio!

Si Hodder quería perder el tiempo, ¿qué le importaba a él? Se apostaba la paga de un mes a que míster x no aparecería por parte alguna...

* * *

No muy lejos de allí, en una sórdida habitación de un hotel barato, sentado al borde de la cama, en la cual se veían unas gafas oscuras y un sombrero, un hombre acabó de ingerir LSD. Luego, se tumbó en la cama, lentamente... y al poco, comenzaron a flotar en su mente imágenes horribles, como teñidas todas de color azul... Unas imágenes que mostraban a Sam Wendell, en pijama, saliendo del cuarto de baño... para recibir una puñalada en pleno pecho, y en seguida otra y otra, y otra y otra...

CAPÍTULO IV

—¿Está segura? —se interesó Hodder—. ¿No le falta ningún otro detalle que pueda ser característico? ¿Alguna cicatriz, o pecas, o lunar...?

—Siempre lo he visto de lejos —musitó Carol—. Todo lo que recuerdo de él ya lo he dicho, inspector.

Hodder se quedó contemplando el dibujo, ya terminado por el dibujante bajo las indicaciones de la muchacha. No era mucho, ciertamente, ya que cualquiera puede afeitarse el bigote y quitarse unos lentes y un sombrero. Con tal metamorfosis simple, sería imposible reconocer al hombre del dibujo. Un rostro grande, pero de barbilla débil, orejas grandes. Pero largo y descuidado... Y un viejo sombrero, lentes oscuros... Y el bigote. La imagen resultaba entre inquietante y vulgar. Casi desconcertante.

—Bien... Algo es algo. Por lo menos, podemos empezar a movernos. Llévatelo, Crossman: que hagan un par de miles de copias fotográficas y que las distribuyan... Bueno, ya sabes.

—Sí, señor —asintió el dibujante.

Abandonó la habitación dejando a Hodder pensativo. El inspector pareció recordar algo de pronto, y dio paso hacia la puerta. Se encogió de hombros y sacó la radio de bolsillo, accionándola.

—¿Si? —Brotó una voz de su aparato.

—Oye, Melvin: Crossman sale de aquí con el retrato de mister x. Que uno de vosotros vaya con él y que vuelva con algunas copias, para que os las repartáis, por si mister x aparece.

—Bueno. Enviaré a Bill con Crossman, señor.

—Okay. ¿Algo nuevo?

—Pues no sé... Mire, señor: tipos con sombrero y lentes de sol,

pues... se puede decir que hay bastantes. Espero que cuando veamos ese dibujo pisaremos más firme. De todos modos, si algún tipo de esa descripción intenta entrar en el hotel, le aseguro que le veremos.

—De acuerdo. No os descuidéis.

Cerró la radio, la guardó y miró a Carol, que estaba sentada en el sofá, con las manos sobre las rodillas, tensa...

—Relájese —aconsejó Hodder, amablemente—. Es muy posible que tengamos que esperar muchas horas...

Respingó más fuertemente que Carol cuando el teléfono soltó el primer timbrazo. Se precipitó hacia el aparato, pero se detuvo en seco en seguida.

—Conteste usted —musitó—. ¡Vamos, no tema nada!

Con mano temblorosa, Carol descolgó el auricular, mientras Hodder ponía en marcha la grabadora.

—¿Diga?

—¿...?

Carol casi gritó de alivio, y tendió el auricular a Hodder.

—Es para usted.

—Sí —masculló el capitán de homicidios.

—...

—Sí, sí... Bien...

—...

—Sí... De acuerdo. Vale, vale.

Colgó y miró sonriendo enfurruñado a la muchacha, que lo contemplaba asustada.

—Era uno de mis hombres. Dice que todo está preparado para localizar cualquier llamada y quería saber si nosotros lo tenemos todo preparado también. Por favor, contrólese. Comprendo que en estas circunstancias estamos exigiendo mucho de usted, pero piense que estamos ayudándola.

—Sí... Lo comprendo. Pero esta espera...

—Desde luego, es enervante, pero no hay más remedio. Cuando él llame, escúchele... Escuche todo lo que él tenga que decirle, ¿comprende? Cuanto más tiempo lo tengamos al teléfono, más probabilidades tendremos de localizarlo... ¿Podrá resistirlo?

—Creo... creo que sí, aunque... aunque a veces dice cosas... horribles...

—Entiendo. Sí, entiendo... Pero hay que hacerlo.

—¿Y... y si no llama...?

—Si no llama ni hoy, ni mañana pues... alguien podría empezar a pensar que ese hombre no existe, señora Wendell. ¿Le gustaría ver algún programa de televisión, o quiere que le vayamos a comprar algún libro, o...?

—No —tragó saliva ella—. Esperaré.

—Esperaremos —corrigió amablemente Hodder.

Y se dejó caer en un sillón.

* * *

El teléfono sonó poco después de las siete, ya anochecido. Los dos alzaron la cabeza, miraron al aparato, y luego Hodder miró a la muchacha, que parecía súbitamente petrificada.

—No olvide lo que dije: déjelo hablar todo lo que quiera.

Carol asintió, y Hodder puso en marcha la grabadora.

—¿Diga? —Tembló la voz casi infantil de Carol.

—¿...?

La muchacha miró vivamente a Hodder, asustadísima, y asintió con la cabeza, mientras contestaba:

—¿Quién es?

—¿...?

—Sí... Sí, soy yo... ¿Quién es usted?

—...

—No, no, no...

—...

—Cállese... ¡Cállese, cállese, cállese...!

—...

—¿Quién es usted? —gritó Carol—. ¿Quién es, qué quiere de mí, por qué me persigue...? ¡Usted es un asesino, un...!

—...

—¡Está loco! ¡Dígame quién es, qué quiere...! ¡Voy a avisar a la policía, para que le busquen!

—...

—¿Por qué? ¿Por qué me tortura? ¿Por qué...?

Clic.

Carol, demudado el rostro, miró a Hodder y tartamudeó:

—Ha... ha colgado ya...

—Lo sé. Deme el teléfono —casi lo arrebató de manos de la muchacha y aulló—. ¡Vogel!

—¿Sí, señor, aquí?

—¿Lo tenéis? ¿Sabéis desde dónde ha llamado?

—Un momento, señor, un... ¡Aquí me informan! ¡Sí, señor, tenemos el sitio!

—¡Inmediatamente un par de coches allí! ¡Y avisadme cuando sepáis algo sobre ese tipo! ¡Ya deberías estar en marcha, Vogel!

—¡Ya estoy en marcha, señor!

Hodder colgó de un manotazo, y se abalanzó hacia la grabadora. Retrocedió la cinta, y la puso en marcha.

«—¿Diga? —Se oyó la voz de Carol.

Una voz de hombre, profunda, ahogada, susurró:

»—¿Eres tú, Carol Wendell?

»—¿Quién es?

»—¿Eres tú?

»—Sí... Sí, soy yo... ¿Quién es usted?

»—El hombre que tú mereces. Sé que vendrás a mí tarde o temprano y por eso...

»—No, no, no...

»—Así tendrá que ser porque has convertido mi vida en un infierno. Sólo cuando pienso en lo que podremos hacer tú y yo en...

Aquí seguía una perfecta explicación sobre los proyectos del hombre y, al escucharla, Hodder enrojeció bruscamente y miró a la muchacha, que, como contraste, estaba pálida... Su voz protestó en el magnetófono ante las descripciones amatorias de mister x.

»—Cállese... ¡Cállese, cállese, cállese...!

»—Te amaré hasta que uno de los dos...

»—¿Quién es usted? ¿Quién es, qué quiere de mí, por qué me persigue...? ¡Usted es un asesino, un...!

»—Eres tú quien está asesinándome a mí y quien...

»—Esta loco. ¡Dígame quién es, qué quiere...! ¡Voy a avisar a la policía, para que le busquen!

»—Hazlo y tú perderás más que yo, ya estás advertida...

»—¿Por qué? ¿Por qué me tortura, por qué me...?».

Hodder detuvo la cinta, satisfecho.

—Bien —musitó—. Tenemos su voz, tenemos su fotografía... Veamos si Vogel y los otros muchachos consiguen algo. ¿Se siente

bien, señora Wendell?

—Sí... Pero ha sido horrible...

—Desde luego —casi volvió a enrojecer el capitán de homicidios—. En mi opinión ese hombre está... desquiciado. Y aunque ya sé que no voy a consolarla en lo más mínimo, le diré que no es, ni mucho menos, el primer caso de este estilo que conozco.

—¿Quiere... decir que hay otras... otras mujeres, en... en mi caso?

—Pues... no exactamente. En algunas ocasiones, sí, sujetos desquiciados mental y sexualmente han cometido auténticas barbaridades, pero en general, los hemos cazado pronto. La verdad es que no son muy listos... Digamos, mejor, que carecen de una astucia tan retorcida como la de míster x. La mayoría de los sujetos así caen pronto en nuestras manos, pues su comportamiento es básicamente brutal y desquiciado. Éste, no... Este hombre permanece en la sombra, y sin duda alguna, no actúa tumultuosamente, de cualquier manera, sino que lo piensa todo muy bien. ¿Está segura de que no lo conoce?

—Sí, segura. Bueno, si se refiere usted a si alguna vez he tenido tratos con él, no, no, nunca.

—Quizá si no llevase lentes oscuros y bigote podría recordarle, ¿no cree?

—No sé...

—¿Alguna vez desdeñó usted a algún hombre que...?

—Yo... yo no quisiera parecerle... vanidosa, inspector, pero sí, en varias ocasiones, yo... Bueno, siempre... siempre ha habido muchos hombres que han querido...

—Entiendo. Usted es muy bonita, y forzosamente, habría tenido que rechazar a muchos hombres. Yo creo que míster x. Tiene que ser uno de ellos. El sí tiene que conocerla a usted desde hace tiempo... Tiene que ser una persona que tiempo atrás se relacionó con usted de algún modo... ¿Está segura de que nunca le ha recordado a nadie?

—Es que desde lejos, y con...

—Sí, sí, claro... Es extraño...

—¿El qué?

—Ése sujeto, según podemos empezar a creer ahora, ha matado a sus tres maridos brutalmente. La llama a usted, le dice

barbaridades, que al fin será de él... Bueno ya hemos oído todo eso... Sin embargo, nunca se ha acercado a usted, nunca la ha agredido a usted en modo alguno. Lo normal sería que él hubiese intentado... algo concreto con usted, ¿no le parece?

—Es un loco... ¡Tiene que estar loco!

Hodder asintió con la cabeza, se sentó, y encendió un cigarrillo.

Vogel llamó algunos minutos más tarde. Y apenas oír su voz, Hodder supo que no habían atrapado a míster x.

—¿Se os fue de las manos? —Gruñó.

—No precisamente de las manos, señor. Cuando llegamos, ya se había marchado. Pero lo vieron. Hemos acordonado la zona y enseñado la fotografía de ese sujeto... Un niño dice que lo vio salir de la cabina telefónica que localizamos... Y eso es todo.

—Pues no es mucho... pero es algo.

—Seguiremos dando una batida por aquí por si...

—No. Dejadlo. Ya está muy lejos, Vogel. Es un tipo muy listo, tenemos que convencemos... Vuelve a ocuparte de la interferencia telefónica.

—Sí, señor.

Hodder cerró la radio de bolsillo, la guardó y miró a Carol, que lo contemplaba asustada.

—¿Se ha escapado? —musitó.

—Sí. ¿Cree que la volverá a llamar?

—No sé... ¡No lo sé!

Pe-pero

yo... yo quiero marcharme de aquí, quiero... ¡Quiero irme donde nunca jamás pueda volver a encontrarme, donde...!

—Cálmese, por favor, señora Wendell. Haremos... Perdona un momento.

Fue a abrir la puerta. El que había llamado era el agente jefe de la vigilancia exterior del hotel, que entró mirando con amable curiosidad a Carol.

—Como usted ordenó que no utilizásemos el teléfono de esta habitación a fin de dejar línea libre para míster x, le han llamado al coche desde el departamento señor: el conserje del Arrow Motel quiere hablar con alguno de nosotros.

—¿No enviamos allá a uno de los nuestros, con la fotografía de míster x?

—Sí, señor. Y la estuvo mostrando por allá, pero nadie dijo haber visto a ese tipo.

—Ya sé eso. ¿Qué quiere el conserje del motel?

—Lo ignoro, señor. He subido a preguntarle si alguno de nosotros va allá, o prefiere usted que vaya algún compañero de los que hay en la delegación.

Hodder quedó pensativo unos segundos.

—Yo iré —musitó—. Tú quédate con la señora Wendell, Melvin. Máxima seguridad, ¿comprendes?

* * *

—¿Está seguro? —masculló Hodder.

—Sí, señor, segurísimo. Completamente seguro —afirmó el conserje Baldwin enfáticamente, golpeando con un dedo la fotografía de mister X—. Lo vi.

—Pero esta tarde, uno de mis hombres estuvo aquí, enseñando la fotografía por todo el motel y todos, incluido usted mismo, dijeron no haberlo visto.

—Ya sé que es raro, pero le juro que lo vi, inspector. No sé explicarme... Bueno, ignoro si a usted le habrá ocurrido alguna vez: uno ve algo en lo que no se fija en absoluto, de modo que lo olvida completamente... y de pronto, a lo mejor al cabo de mucho tiempo, sin saber por qué, recuerda lo que vio. Lo que quiero decir...

—Le entiendo muy bien, señor Baldwin. Y lo que dice tiene sentido. A todos nos ha pasado alguna vez, en efecto. Pero yo le aseguro que se asegure bien antes de reafirmar que...

—Le digo que lo vi —refunfuñó el conserje: señaló por una ventana—. Estaba allí, detrás de uno de aquellos pinos. Mi amigo Randolph y yo salimos corriendo al oír el grito de la señora Wendell, y sólo pensamos en llegar allá cuanto antes. No nos fijamos en nada más. O sea, que vimos más cosas, pero no...

—Entiendo, entiendo. De pronto, usted recuerda haber visto a ese hombre, detrás de un pino... Está bien. ¿Puede señalarme el lugar exacto?

—Bueno... Hay muchos pinos... Exacto, exacto... Venga conmigo.

Salieron los dos de la cabaña conserjería, y el conserje se orientó hacia la cabaña que habían ocupado los Wendell, poniéndose en

situación. Luego, sin vacilar, se dirigió directo hacia uno de los pinos, a una distancia de veinte yardas, aproximadamente.

—Aquí —señaló.

* * *

—¿Y bien? —preguntó Hodder.

El agente director del equipo de Huellas asintió con la cabeza.

—Sí, señor; hubo alguien ahí, junto a ese pino.

—¿Pasó alguien quieres decir?

—No, señor. Las puntas de los pies que hay ligeramente marcadas señalan hacia el pino, así que... Bueno, nadie camina de narices contra un árbol, señor. Es evidente que ese hombre estuvo... detrás del pino, escondiéndose, parado.

—De acuerdo. ¿Qué clase de huellas habéis conseguido?

—¿Huellas? Bueno, señor, yo sólo digo que hubo un hombre ahí, pero huellas... Se ve la presión de los pies solamente, eso es todo.

—¿Pies calzados o descalzos?

—Calzados, desde luego.

—¿No habría manera de comparar esas marcas con las huellas que se obtuvieron cerca de la ventana de la cabaña de los Wendell?

—No, señor, lo siento. Ya le digo que son marcas, no huellas.

—Está bien... Seguiremos trabajando todos en esto. Mark... Todos. Quiero que apuremos todas las posibilidades... Absolutamente todas.

CAPÍTULO V

Ocho días más tarde, hasta la más pequeña y remota de las posibilidades había sido apurada... y el resultado seguía siendo el mismo: el tercer marido de Carol había sido asesinado a puñaladas, no se había conseguido pista alguna digna de interés... y mister x seguía suelto por Nueva York sin que la tupida red policial, todo el mundo provisto de copia fotográfica del hombre buscado, hubiese servido de nada...

—Ni encontrarán nada —sentenció el teniente Templeton, de visita en el despacho del capitán Hodder—. Todo es mentira, Hodder.

—Vamos, vamos... Templeton... Ese hombre fue visto. Primero, por el conserje del motel. Luego, por un niño. Y si usted quiere, le vuelvo a poner la grabación de su llamada a la señora Wendell...

—Ya soy mayorcito para oír esas bobadas, —rezongó Templeton—. Y lo repito: todo es mentira. ¿No se le ha ocurrido pensar que ese sujeto, ese mister x, puede ser un cómplice de la muchacha, disfrazado con lentes oscuros, bigotes...? ¿No se le ha ocurrido?

—¿Usted qué cree? —sonrió Hodder.

—Que sí —gruñó el policía—. Demonios, eso tiene sentido, ¿no le parece? Ese tipo puede ser cualquiera que se compre unos lentes de sol y un bigote postizo. Se deja ver, llama a la muchacha... Es una coartada formidable para ella. Mientras tanto, ella va coleccionando herencias de maridos asesinados. A medias con su cómplice, claro.

—Sí, la teoría no está mal. Templeton. Pero hay un detalle que me hace dudar de su posible exactitud.

—¿Qué detalle?

—La señora Wendell, puesto que siempre ha visto cerca de ella a

míster x, pudo ya denunciarlo para la perfección de su coartada, en Chicago, y en Los Ángeles. Sin embargo, no lo hizo. Y a nosotros nos habló de él porque la metimos en el cepo. ¿Usted cree que si el tal míster x fuese cómplice de ella y su existencia y presencia le sirviese de perfecta coartada, ella habría mantenido su silencio sobre él?

—Bueno...

—No. Si calló, fue por miedo, porque él amenazaba con degollarla. Sólo habló de él cuando comprendió que, de otro modo, iba de cabeza a la cárcel, sospechosa de tres asesinatos. Si usted fuese ella... ¿habría mantenido en silencio la existencia de un hombre que ya en dos casos anteriores era su perfecta coartada?

—No.

—Pues ése es el detalle.

—Bien... También tiene sentido, desde luego. ¿Qué piensa hacer ahora?

—La voy a dejar marchar.

—¿A ella? —Respingó Templeton.

—Sí. Me lo ha pedido varias veces... Está aterrada; y encerrada en aquella habitación del hotel, acabará por trastornarse... La dejaré marchar.

—¿Adonde?

—Eso deberá decidirlo ella. Pero, no sé si esto va a sorprenderle, Templeton: vaya a donde ella vaya, iremos nosotros.

—¿Por qué demonios tendría que sorprenderme...? —Gruñó Templeton.

* * *

—¿Adónde?

—A Miami, señor —repitió el agente—. Es una bonita ciudad.

—Sí... Aunque no tan grande como Chicago, Los Ángeles o Nueva York. ¿En tren dices?

—Sí, señor.

—Bien... ¿Han subido a ese tren Carson y Freeman, con la... discreción conveniente?

—Desde luego, señor.

—Estupendo. Ella no los conoce. De modo que a Miami... ¿Te gusta viajar en avión, Gaylord?

El policía sonrió de oreja a oreja.

—A Miami, sí, señor.

—Pues eres un hombre de suerte —sonrió también Hodder; tomó el *dossier* en cuya portada se leía «Mr. X» y se lo puso en las manos—. Buen viaje... de ida y vuelta.

—Gracias, señor —farfulló Gaylord—. Pues vaya: ¡ida y vuelta! Para eso, lo mejor es quedarse en casa.

Salió del despacho, dejando sonriente a Hodder. De pronto, éste dejó de sonreír, se inclinó hacia el interfono y apretó la tecla.

—¿Terence?

—Diga, señor.

—Ponme inmediatamente con el Departamento de Miami. Usando nuestra línea directa, desde luego.

—Sí, señor. Apuesto a que hace un tiempo espléndido en Miami, señor.

MIAMI

CAPÍTULO PRIMERO

A la luz del centelleante sol de Miami, bien apoltronado en una butaca colocada ante la ventana, el capitán Gordon, del Police Department de esa ciudad, acabó de leer el largo, completo informe que había estado esperando desde que recibiera la llamada de Nueva York.

Miró al agente portador del *dossier*, que había permanecido esperando pacientemente, fumando, contemplando en ocasiones por la ventana la soleada Biscayne Boulevard.

—No me ha traído usted ningún pastel, precisamente, muchacho.

—Más bien un ladrillo, sí, señor —sonrió Gaylord—. No les será fácil a ustedes digerirlo.

—Le pondremos voluntad al asunto... y mucho bicarbonato sódico, que en definitiva, es lo mejor para las digestiones pesadas... ¿Llamarán aquí sus compañeros de Nueva York cuando lleguen en el tren con la muchacha?

—Tienen órdenes de avisar aquí, sí, señor.

—Muy bien. Dígale al capitán Hodder que atenderemos con mucho gusto el caso y que, en cuanto los dos agentes lleguen a Miami serán relevados por dos de aquí. En cuanto a usted, pues no se me ocurre ningún trabajo que darle.

—Ya sé, ya sé: viaje de ida y vuelta... ¡Pues sí que se pasa bien en Miami, maldita sea mi suerte!

—Por lo menos, habrá visto usted algunas palmeras.

—Sí, señor... Las he visto. Pero lo bonito de las palmeras es tumbarse debajo de ellas. En fin... ¡a Nueva York! Adiós, señor.

—Adiós.

El capitán Gordon quedó solo en su despacho, pensativo...

Estuvo hojeando el contenido del *dossier*, mirando las fotografías de la misma muchacha bajo tres caracterizaciones diferentes: Lulu Lombard, en Chicago; Mirna Stevens, en Los Ángeles; Carol Maxwell, en Nueva York...

—Me gustaría saber qué nombre piensa utilizar en Miami —susurró.

* * *

—Wanda Karr, señor. Ha vuelto a cortarse el pelo, y de nuevo lo ha teñido de tono castaño. Es una preciosidad, señor, si me permite decirlo. Esto... Se ha instalado en la cabaña 21 del Sunshine Motel, en Collins Avenue, Miami Beach. Es un motel de lujo, con embarcadero para yates y playa privada.

—Ella puede permitirse eso, después de tres sustanciosas herencias —musitó el capitán Gordon—. De manera que ahora se llama Wanda Karr... Bueno, me parece una tontería preguntarte si has visto rondando por allí a míster x.

—No lo hemos visto, desde luego. En cuanto los de Nueva York se fueron, los nuestros se han hecho cargo de la vigilancia de esa chica y andan con mil ojos: si el tipo de la fotografía aparece, lo verán. Aunque me pregunto si esta vez también habrá podido seguirla.

—¿Por qué no? Lo ha hecho hasta ahora. Aunque... me pregunto cómo lo consigue. Porque no creo que ella le vaya comunicando sus cambios de dirección... —Gordon y su agente se quedaron mirándose con una extraña luz en sus pupilas, pero el capitán movió negativamente la cabeza—. No. No creo.

—¿Por qué no, señor? La teoría de que ambos...

—Vamos a prescindir de ella, en principio. No conviene que nos ofusquemos. Sencillamente ese míster x es un tipo listo y tiene bien aprendido el modo de seguirla o de localizarla. El cómo, no nos importa, por ahora. Bueno —miró a los otros tres policías que había en el despacho—. Somos siete en total para ir turnándonos en este caso. Y presiento que va a ser cosa de paciencia. Nos los tomaremos con calma, por lo tanto. Con calma, pero... con el máximo interés, como es de rigor. ¿Habéis hecho todos los turnos, y los...?

—Todo está ya decidido, señor.

—Muy bien. Sólo tenemos que esperar a que vuelva a casarse.

Los policías se miraron unos a otros.

—Bueno, señor —murmuró uno de ellos—. No creo que a esa chica le hayan quedado ganas de volver a enviudar.

—Depende de lo rico que sea el marido, quizá —murmuró Gordon; miró hacia el hombre que leía el *dossier*, en un rincón del despacho, como olvidado de todos—. ¿Cómo va eso, Noah?

El hombre alzó la cabeza, y sonrió levemente. Era delgado, más bien menudo, elegante y sobrio; sus ojos eran oscuros, extraños, como si mirasen más hacia dentro que hacia fuera. Debía tener unos cincuenta años, o sea, la edad del capitán Gordon. Ambos pertenecían a la misma promoción. Luego, mientras Gordon iba avanzando en el camino de la acción directa, Noah Merrit había ido derivando hacia la investigación técnica en el más amplio sentido, incluida, especialmente, la investigación psicológica, en la cual había obtenido sorprendentes éxitos.

—Parece un simple caso de persecución sexual maniaca —murmuró—. Matizada por cierta... timidez del sujeto que llamáis *míster x*.

—¿Timidez? —exclamó el agente Cape—. ¡Cáscaras, me pregunto qué habría hecho ese tipo si no fuese tímido, señor!

—Estoy hablando de timidez sexual —aclaró el inspector Noah Merrit—. Evidentemente, *míster x* no se atreve a enfrentarse cara a cara con la muchacha, quizá porque tenga algún defecto... o algo parecido, pero, bien claro está que no puede soportar la idea de que otro hombre esté con ella en términos... matrimoniales. Así que... los va matando, mientras que a ella la sigue amando. Esto es lo que parece, al menos.

—Ahí tienes la fotografía de *míster x* —dijo Gordon—. ¿Qué opinas de él?

—En primer lugar, no es una fotografía, sino la fotografía de un retrato-robot. No es lo mismo. Pero, si juzgo por lo que hizo nuestro dibujante de Nueva York, pues... me parece un sujeto más bien... anodino. Sus rasgos son flojos, la barbilla carece de firmeza, la boca es pequeña y propia de personas con poco carácter...

—Ha acuchillado bestialmente a tres hombres... que nosotros sepamos, claro.

—Eso no importa. A veces, un cuerpo hace cosas que la mente jamás admitiría... y que, precisamente, son dictadas por esa misma

mente.

—¿Qué quieres decir? ¿Que ese hombre actúa en momentos de enajenación?

—Podría ser.

—¿Y que luego no recuerda lo que ha hecho?

—Caramba, no digo tanto —sonrió Merrit.

—Pero, en definitiva, puede que estemos buscando a un loco.

—Por lo menos, no está en sus cabales, eso lo garantizo.

—Bien... ¿Qué dices? ¿Te interesa el asunto?

—Mucho, —admitió Merrit—. Pero he oído que la cosa va para largo y yo tengo mucho trabajo en Washington. Así que no tendré más remedio que volver allá y esperar a que el... mecanismo vuelva a ponerse en marcha. Según las fechas que veo aquí, cada boda, y por tanto cada asesinato, están espaciados aproximadamente seis meses. Es mucho tiempo para que yo me quede aquí sin...

—Quizá no tengamos que esperar tanto —sonrió Gordon.

—¿Qué quieres decir?

—Podríamos precipitar los acontecimientos. No demasiado, desde luego... De todos modos, será mejor que regreses a Washington: ya te avisaré.

—De acuerdo. Regresaré esta misma noche. Pero aclárame algo, ¿quieres? ¿A qué llamas tú precipitar los acontecimientos?

—A buscar el modo de que esa chica decida casarse antes de seis meses. Como he dicho antes, esto podría depender de lo rico que fuese el marido. Y lo guapo.

—¿Lo guapo? —Se pasmó Merrit.

—Sí. ¿Te imaginas... un hombre de unos treinta y dos años, que además de ser millonario, o al menos parecerlo financiado por la policía, sea... terriblemente guapo? Digamos de unos seis pies y dos pulgadas de estatura, ojos grises, con unos hombros así de anchos, siempre bronceado por el sol, culto, simpático, inteligente, con una barbilla impresionante, cabellos largos y rubios...

—Por el cielo —exclamó Merrit—. ¿Existe un hombre así en algún lugar de la tierra?

Los cuatro policías destinados por turno a aquel trabajo sonreían divertidos, como quien sabe de qué va el asunto, mientras Gordon, también sonriente, asentía con la cabeza.

—En estos momentos está pescando, de vacaciones, en aguas de

las Bahamas —murmuró—. Y por esta vez, no le fastidiaremos: esperaremos a que termine sus vacaciones.

—¡Menudo hueso le espera a Mike cuando vuelva! —rió Cape.

—Sí —amplió su sonrisa Gordon—. Pero no importa: él tiene muy buena dentadura.

CAPÍTULO II

Era una dentadura blanca, limpia, fuerte, hermosa... Wanda quedó atónita al verla, en aquel rostro que, también, era absolutamente excepcional, con una barbilla tremendamente viril, como la boca, los grises ojos...

—Lo siento —sonreía el hombre—. Perdóneme, señorita. ¿Le ha hecho daño la pelota?

—No... No, no. No tiene importancia.

—Es usted muy amable —el gigante rubio se había arrodillado en la arena, junto a ella, tras recuperar la pelota que había ido a caer sobre el desnudo vientre de la muchacha en bikini—. Me parece que no nos conocemos, ¿verdad?

—¿Por qué habríamos de conocernos?

—Bueno... Suelo venir bastante por este motel, tengo algunos amigos aquí... Pero parece que se han largado.

—Ya. Entonces... ¿jugaba usted sólo con la pelota?

—Sí... Pero no es que sea infantil... Ni tonto. Vamos, al menos creo que no soy tonto.

—Tampoco parece infantil.

—¡Lo sé! —rió él—. Mire, le diré lo que pasa; yo siempre estoy dando vueltas por ahí con mi yate y de vez en cuando vengo por aquí, a divertirme un poco con mis amigos... y amigas, claro. A una de ellas le he comprado esta pelota en Nassau, y como no la he encontrado, volvía al yate, jugando como un tonto con ella... ¿De verdad no la he lastimado?

—De verdad.

—Cuánto me alegro... ¿Está usted sola?

Wanda Karr frunció el ceño. Luego, miró socarronamente a ambos lados de ella, hacia la playa, hacia la cabaña del motel, hacia

las palmeras... Un lugar delicioso, casi idílico. Pero, ciertamente, la única persona en toda la playa a menos de veinte yardas de ella era el rubio yachtman.

—Yo diría que sí estoy sola —admitió.

—¿Y no se aburre?

—No necesito compañía para tomar el sol... que es lo que estaba haciendo tranquilamente. Y lo que quisiera seguir haciendo, si no le importa.

—No sea arisca —sonrió él—. Hace casi un mes que no vengo por aquí, y no está bien que se me reciba con malas caras. Si hubiera sabido que usted estaba aquí, habría regresado antes... ¿Hace mucho que se aloja en el Sunshine?

—Si eso es todo lo que quiere saber, tres semanas. ¿Algo más?

—Sí. Me llamo Mike Morris. ¿Y usted?

—La chica que Duerme al Sol, señor Morris. Buenos días.

Wanda Karr volvió a tumbarse sobre la arena espléndida con su bikini azul claro, deliciosamente dorada de sol su piel. Cerró los ojos, como si Mike Morris no estuviese allí y éste tras unos segundos de silencio, dijo:

—Bueno... Perdona si la he molestado, señorita. Buenos días.

Se incorporó reanudando el regreso al embarcadero, donde en aquel momento sólo había dos yates. Mike Morris abordó el más grande, precioso, blanco como una bola de algodón, y poco después zarpaba mar adentro... mientras Wanda Karr aparentemente dormida, le contemplaba por entre los entornados párpados.

Cuando va el yate estuvo algo lejos, se sentó en la arena, todavía mirándole... De pronto Wanda movió negativamente la cabeza, un poco rígidas sus facciones.

—No —susurró—. No, no, no... Ya no más. Han sido demasiados golpes...

CAPÍTULO III

El golpetazo casi la derribó. Pudo sujetarse al mueble que sostenía la caja de los grandes almacenes, donde acababa de pagar... Pero, desde luego, los recién cargados paquetes escaparon de sus manos, emprendieron un corto vuelo y luego, desparramándose, fueron a dar lógicamente al suelo... mientras una manaza enorme la sujetaba por un brazo, precipitadamente, y una voz lejanamente familiar decía:

—¡Cuánto lo siento! Mi torpeza... ¡Caramba! Hola. ¿Qué tal, Chica Que Duerme Al Sol? ¿No me recuerdas?

Wanda Karr se desasíó bruscamente de la manaza del hombre y lo miró con el ceño fruncido.

—Temo que sí le recuerdo —refunfuñó—. Usted es el «simpático» caballero de la pelotita...

—¡Seguro! —rió él—. ¡Mike Morris, criatura! Y no era una pelotita, sino una grandiosa, enorme, fantástica, descomunal, gigantesca, increíble y preciosa pelotaza de plástico de varios colores... Oh, permítame que la ayude a recoger...

Se inclinó, recogió los paquetes que ya estaba agrupando un empleado de los grandes almacenes, y los colocó sobre uno de los mostradores. Wanda Karr se dispuso a hacerse nuevamente cargo de ellos, pero Mike Morris protestó enfáticamente:

—¡De ninguna manera! Permítame que los lleve hasta mi coche...

—¿Hasta su coche? —Se pasmó Wanda.

—¡Claro! Vamos, vamos... ¡No me diga que rechaza mi invitación para ir a celebrar nuestro encuentro!

—¿Y por qué hemos de celebrar tan desagradable acontecimiento?

—¡Cáscaras! —exclamó él—. No es usted nada amable, de veras.

—No tengo por qué serlo. Mire, señor Morris...

—Pero bueno, ¿qué le pasa a usted? —masculló él—. ¿Acaso tengo lepra, o algo así? Oiga, ¿la he vuelto a molestar en el hotel desde aquella... aciaga fecha de tres o cuatro semanas atrás?

—No... No, pero...

—Bueno, si yo fuese un pelmazo habría vuelto por allí, ¿no le parece? Porque, hijita, por usted se puede ir a la pata coja desde Alaska a la Patagonia... Pero como le decía, ¿acaso soy un pelmazo?

—No, pero...

—¡Pero narices, qué demontres! Casi la había olvidado, y hoy vengo aquí a comprar un nuevo traje de goma para bucear. Bueno: tropiezo con usted, me disculpo, lo siento mucho... y como me cae más que bien, la invito a tomar algo alegrándome mucho de verla de nuevo... ¿Qué pasa? ¿Es eso algo malo?

Wanda Karr parpadeó y sin darse cuenta comenzó a sonreír.

—No... No es nada malo, desde luego.

—Entonces, ¿qué? ¿Por qué se molesta conmigo, vamos a ver? ¿Usted nunca ha tropezado con nadie?

—Sí... Sí, claro...

—¿Y le habría gustado que la mirasen con mala cara?

—No...

—¡Pues entonces...! ¿Qué? —Guiñó un ojo Mike Morris—. ¿Vamos a tomar esas copitas?

—Bueno, es que...

—Oiga —se alarmó él— no se habrá buscado novio en estas tres o cuatro semanas, ¿eh?

—Yo no busco nada, señor Morris.

—¡Caracas, y cómo se pica usted, criatura...! ¡Es un modo de hablar, ya imagino que serán los novios los que la buscarán a usted...! Y hablando de novios, ¿sabe que yo soy soltero? Bueno, iba a añadir que me gustan todas, pero... ya no. Ya no me gustan todas. ¡A que va a resultar que tía Harriet tenía razón!

—¿Quién?

—Tía Harriet... Ella siempre me decía... «Mike, muchacho, más vale una sola manzana que todas las manzanas del manzano; pero, hijo mío querido, jasegúrate de que sea la mejor manzana!».

—¿Me está llamando... manzana?

—Oiga, con usted no hay manera, vamos... ¿Qué hay que hacer para caerle bien? ¿Ser astronauta?

—No —rió Wanda—. ¡No tanto!

—Menos mal: ya me veía camino de la Luna. Y a propósito de lunas: ¿adónde iremos?

—¿Cuándo? —Se pasmó Wanda.

—¡De viaje de luna de miel, criatura! Porque todas estas cosas empiezan así, ¿verdad?

—Señor Morris, puede que usted no sea astronauta, pero... corre más que un cohete espacial. Y ni siquiera he aceptado todavía su invitación...

—Oh, aceptará, aceptará... Ya le he dicho que estas cosas ocurren así. Un día, ¡zas!, un tío guapo como yo, y una nena guapísima como usted, tropiezan, se caen los paquetes, ella le dice que es un tonto y patán, etcétera... Luego, se van a tomar Coca-Cola,

whisky, o cocaína pongo por caso. Total que se hacen novios, luego se casan, tienen un montón de americanitos con pecas y muchos, muchos años después, ella dice, con voz cansada y temblorosa: «Mike, ¿te acuerdas de aquel día en los grandes almacenes de Miami, cuando tú, siempre tan torpe, me derribaste salvajemente?». ¿Y sabe usted qué contestaría yo?

—No —reía alegremente Wanda—. ¡No lo sé! ¿Qué contestaría?

—Pues diría: «Oye, mi vieja, si quieres hablar con alguien alquila un maniquí... ¿No ves que estoy ordenando mi colección de mariposas disecadas, so pelma?». Sí, señor, ¡eso diría yo!

Prácticamente todas las secciones de artículos deportivos de los grandes almacenes estaban pendientes de ellos, sonriendo divertidos, no por el relato de Mike Morris, que ninguno había oído, sino por la dulce y contagiosa risa de Wanda Karr, cuyo rostro aparecía sofocado deliciosamente.

Mike le dio un cachetito cariñoso.

—Nena, que se atraganta —sonrió—. ¿Qué tal si nos vamos aunque sea al bar de este lugar, a tomar zumo de naranja? ¿O prefiere un cóctel de salchichas con leche de mosca? ¿O...?

—Señor Morris, —jadeó e hipó a la vez Wanda—. Señor Morris, por favor... ¡Basta! ¡Acepto su invitación!

—Toma: esa respuesta ya me la sabía. Pero para lo de los americanitos con pecas, esperaremos todavía un poco... Algo así como nueve meses. Y digo esto porque los sietemesinos no me gustan... ¡Son tan pequeñajos...!

Esta vez, empleados y clientes de los grandes almacenes sí soltaron la carcajada... mientras Mike Morris y Wanda Karr se iban a tomar un zumo de naranja. O un cóctel de salchichas con leche de mosca... ¡Cualquiera sabe!

CAPÍTULO IV

—Lo mas bueno de todo —rió el detective Brent— fue lo del cóctel con salchichas y leche de mosca... ¡Desde luego, Mike, tienes cada ocurrencia!

Los demás también rieron, incluido el capitán Gordon. Estaban en el despacho de éste reunidos todo el grupo dedicado a aquel asunto, excepto los dos que custodiaban en su turno a Wanda Karr, los agentes Cape y Barrows. Los otros cuatro eran Brent, Hopkins, Randall y Tully. Un hermoso día, ciertamente.

—Pues yo no le veo la gracia —murmuró Mike Morris—. ¡No le veo ninguna gracia!

—Este chico guapo no está nunca contento —refunfuñó Tully—. Pero, hombre, ¿qué más quieres? Llevas una semana saliendo con la chica más guapa de Miami y por lo que nos has contado, no creo que lo estés pasando tan mal con ella.

—Eso es lo que no me hace gracia —dijo Mike.

Los demás fruncieron el ceño. Gordon se limitó a alzar un poco las cejas.

—Me parece que no te entendemos, Mike.

—Pues es bien fácil, señor. Desde luego, Wanda es una chica muy bonita... ¿La ha visto en bikini?

—He tenido esa suerte —ironizó Gordon—. De vez en cuando me he dado una vuelta por el motel, por si acaso. Aunque no sé por qué lo hago... Todavía es demasiado pronto para que ocurra nada. ¿Qué es lo que no te hace gracia de este asunto?

—Me da la impresión de que estoy haciendo el tonto.

—Todos sabemos que de tonto no tienes ni un pelo —protestó Randall—. Pero ¿qué demonios te pasa? Éstas haciendo un trabajo, eso es todo. Si hay que parecer tonto, pues se parece tonto y ya

está.

—También éstas llevando vida de millonario con el yate de Tony Leopard. Y no protestas por eso —comentó Hopkins, riendo.

—No me entendéis... ¡No me entendéis! Lo que pasa es que Wanda es una chica... rara.

Todos quedaron estupefactos, hasta que Brent soltó un resoplido.

—¡Vamos, hombre...! ¡Ahora nos dirás que tiene tres piernas!

—¿A qué te refieres? —murmuró Gordon.

—Pues... no sé exactamente. Es rara, señor. Desde luego, no puedo decir que en esta semana lo haya pasado mal con ella. Desde el encuentro «casual» en los grandes almacenes, hemos salido juntos todos los días, hemos ido a bailar, a pasear en el yate, a cenar por ahí...

—¡Y se queja! —rezongó Hopkins.

—Déjalo hablar... ¿Por qué es rara, Mike?

—Bueno, ella... se estremece cada vez que la beso, señor.

—¡Y se queja! —aulló ahora Hopkins.

—¿Te quieres callar? —masculló Gordon—. Dime, Mike; ¿que ves de raro en ese... estremecimiento?

—La verdad es que no lo sé exactamente, señor... Wanda es una chica muy dulce, agradable... Es como una niña que...

—Ya, ya; una niña —deslizó Hopkins.

—... Que lo pasa bien con todo. Pero cuando la beso se pone tensa, se inquieta... No sé... No es una reacción... normal.

—Entiendo. Y creo que puedo darte una explicación, Mike.

—¿De veras, señor? ¡Pues se lo agradecería mucho!

—No olvidemos las circunstancias en que ha estado viviendo desde hace casi dos años esa muchacha: se ha casado tres veces, y cada vez le han asesinado al marido de un modo... escalofriante. Es muy posible, seguro diría yo, que cuando os besáis, lo cual es sin duda algún reflejo de cierta intimidad, ella piense en sus maridos asesinados... ¿Crees que ella se ha enamorado realmente de ti, Mike?

—No sé. Lo parece, pero no sé.

—Oye, qué modesto te has vuelto —sonrió Tully.

—No fastidies más —rezongó el capitán—. Ésta no es una situación cómica, ni mucho menos. Mira, Mike, lo lógico es que esa chica se esté... volcando hacia ti. Lo cual significa que, aunque sea

inconscientemente, esté pensando en una nueva boda. Y en cuanto piensa eso, por fuerza tiene que estremecerse... En el *dossier* de Mr. X están las fotografías de los tres maridos anteriores, tal como quedaron al ser apuñalados, todos los hemos visto... Pero esa chica, Mike, no ha visto solamente las fotografías, sino... la realidad. Las tres realidades. Por Dios, hasta yo me estremecería si recordase tres espectáculos como éstos.

—Yo entiendo lo que quiere decir, señor... —dijo Brent—. Lo que le pasa a esa chica es que, cuando piensa en la posibilidad de casarse con Mike, lo debe ver... como vio la última vez a los otros tres. Y eso la estremece de espanto.

Mike dirigió una mirada fulminante a sus compañeros.

—Tú también estás hoy más gracioso, ¿verdad? —masculló.

—Estamos hablando en serio ahora, Mike —negó Brent—. Tienes que comprenderlo: esa chica tiene unos recuerdos horribles. Y forzosamente debe tener muy en cuenta la posibilidad de que si se casa contigo, te ocurrirá lo mismo que a los otros tres.

—A mí me parece esto muy comprensible y razonable —apoyó Hopkins.

—Si —tuvo que admitir Mike—. Lo es, desde luego. Supongo que cada vez que la beso, ella debe tener pensamientos o recuerdos que le deben poner los pelos de punta...

—¿Habéis hablado de boda? —preguntó Gordon.

—Usted dijo que no me precipitase, señor. Pero...

—Desde luego, hay que ir paso a paso —asintió Gordon—. Desde que ella llegó aquí han pasado casi siete semanas. A ver... Ella llegó cuando tú estabas en las Bahamas, y tú regresaste dos semanas después. Casi inmediatamente, trazamos el plan, y pasó lo de la pelota en la playa. Casi cuatro semanas más tarde, el encuentro en los grandes almacenes, para que ella no llegase a sospechar algo... Luego, la semana que llevas saliendo con ella. Y la semana que ella pasó en Nueva York, bajo el control del capitán Hodder...

—Ocho semanas, señor —sumó Randall.

—Sí. Dos meses, aproximadamente. Es poco tiempo para pensar en boda, me parece.

—Pero yo estoy cansado de esto, señor —protestó Mike—. No me gusta este trabajo.

—¿Y por qué nos ha de gustar un trabajo? —reprochó Hopkins—. Los trabajos son para hacerlos, no para gozar de ellos.

—Eso ya lo sé. Pero mira, hay un par de cosas que no me gustan nada. Una de ellas, la idea de que a mí puedan apuñalarme de un modo tan bestial... ni de ningún otro modo, qué... caracas. La...

—¿Apuñalarte a ti? Vamos, Mike... Una cosa es que puedan hacerlo con tres hombres corrientes, más o menos inofensivos, y otra cosa es que llenen de ojales a un policía que además, está preparado. ¿O tú no lo estás?

—Respecto a eso, yo tranquilo. Estoy preparado para todo. Aun así, eso de que un loco se te eche encima con un cuchillo así de grande, no puede hacerle gracia a nadie. Pero vayamos a la otra cosa: yo creo que no nos estamos portando bien con Wanda, señor.

—¿Por qué?

—Bueno... Ella no sabe que yo soy policía en misión, señor. Para Wanda, yo soy simplemente Mike Morris, un guapo y simpático millonario que se ha enamorado de ella. Supongamos que todo esto termina y que ella, realmente, se ha enamorado de mí... No me parece que estemos jugando limpio, señor.

—Hombre, te casas con ella y en paz —dijo Tully—. ¡Y no me digas que no te gusta!

—Hemos quedado en hablar en serio, ¿no, Tully?

—Sí. Bueno, demonios, yo creo que tienes razón, Mike.

—¿Y qué sugieres? —musitó Gordon.

—Sugiero que deberíamos decirle a Wanda la verdad, señor... O precipitar todo esto, para terminar cuanto antes. Ya sé que todo lo estamos haciendo para quitar de su camino a ese loco, pero... no por ello vamos a terminar el asunto dejándola lastimada.

Gordon quedó pensativo, fruncido el ceño.

—Bien... Es una faceta interesante, en la que ya pensé pero francamente no con demasiado ahínco. Y tienes razón, claro. Pero no sé si será conveniente decirle a ella que eres del P. D. y que, simplemente, estás trabajando. No sé, Mike.

—Deberíamos decírselo —insistió Mike—. Y preparar en seguida la boda... Naturalmente, tendremos preparado un juez de paz falso, y ella tendrá que saberlo... A quien queremos engañar es al loco, no a ella.

—Sí, tienes razón... Pero no sé. ¿Cómo reaccionará esta chica si

se lo decimos? Quizá lo echase todo a perder... ¿Tienes que verte con ella hoy?

—Claro. Vamos a pasar el día en el mar, con el yate.

—Vaya vida... —susurró Brent.

—Bueno, iros al mar —dijo Gordon—. Yo pensaré en el modo de enfocar esto. Pero, de momento, sin mi autorización, no le digas la verdad. ¿De acuerdo?

—Está bien, señor. ¿Algo más?

—No.

—A lo peor —dijo Tully— estamos perdiendo el tiempo. Quizá esta vez míster X no haya podido seguir a la chica, y no pase nada si llevamos a cabo esa comedia de la boda.

—¿Por qué crees que él no está en Miami? —preguntó Gordon.

—No es invisible, ¿verdad? Y tal como funciona el mecanismo cerebral de ese sujeto, dudo mucho que, si está en Miami, permanezca lo bastante lejos de Wanda Karr para no poderla ver. Si ha venido a Miami, tiene que rondar cerca de ella, verla... Como está loco como un chivo, se conformaría con eso, pero... lo haría, querría verla a ella, aunque fuese de lejos. Pero no podría estar tan lejos que ninguno de nosotros lo hubiésemos visto alguna vez.

—¿Aunque estuviese todo lo lejos que le permitiera unos prismáticos? —sonrió Gordon.

Tully quedó un instante con la boca abierta.

—Vaya —farfulló—. No había pensado en ello.

—Pues hay que pensar todas las posibilidades. Especialmente, muy especialmente, la de que eso de los lentes oscuros, el sombrero y el bigote no sea más que un disfraz. En tal caso, ese tipo podría pasear tranquilamente ante nuestras narices. Sí... Yo sí creo que está en Miami. Estuvo en Chicago y en Los Ángeles, y en Nueva York... ¿Por qué no en Miami? Él está aquí...

—Yo me voy —dijo Mike—. Ya hemos hablado de eso en otras ocasiones. ¿Alguna orden especial, señor?

—Sólo una: no le digas a Wanda Karr quién eres realmente hasta que yo haya pensado algo conveniente.

—Sí, señor. Adiós. Hasta la vista, vosotros...

* * *

—Es una vista maravillosa, ¿verdad? —sonrió dulcemente

Wanda—. Desde aquí la ciudad parece un dibujo amable... Pero siguen gustándome más las playas, con las palmeras...

—Hay gustos para todo —sonrió Mike—. A mí, por ejemplo, me gustas tú...

Ella lo miró sonriendo, y él se inclinó a besarla. Wanda aceptó el beso, pero, como siempre, Mike notó en ella aquel estremecimiento, una especie de vibración como si fuese una barra de acero golpeada fuertemente.

Hacía un hermoso día, apto para tener hermosos sueños de felicidad futura. Sueños maravillosos.

En una habitación de una pensión barata, un hombre que llevaba lentes oscuros y bigote, además de un viejo sombrero, acabó de ingerir LSD y se tumbó en la cama. Se estremeció, pero los sueños, las visiones azules que muy pronto comenzaron a acudir a su mente, no eran maravillosas, sino horrendas... Como sumergidas en agitadas aguas azules, las imágenes mostraban a Mike Morris, en pijama, sonriendo... pero de pronto, la expresión de Mike era de espanto, de horror... y comenzaba a recibir puñaladas en el pecho... Una, otra, otra, otra, otra... hasta caer ensangrentado, muerto, destrozado... Esta imagen se desvanecía, se desvanecía, se desvanecía... y aparecía otra, menos horrenda. Wanda Karr, casi desnuda, flotando entre nubes de color azul, como rebotando dulcemente en ellas... Ella corría, volaba más bien, escapando de unos brazos masculinos que se tendían hacia ella. Y Wanda reía, reía, reía... Siempre escapando, siempre esquivando aquellos brazos masculinos. Hasta que, de pronto, aquellos brazos conseguían atraparla, sujetarla fuertemente.

* * *

Wanda Karr se apartó vivazmente, casi ferozmente de Mike Morris, lanzando un agudo grito de espanto mientras rodaba por la cubierta donde se habían tendido a tomar el sol... y a besarse. Su gesto de rechazo fue tan inesperado y brusco que Mike quedó desconcertado, casi aturdido.

La miró, sin comprender nada. Ella tenía los ojos muy abiertos y le miraba fijamente como aterrada.

—Wanda, ¿qué te ocurre?

—Nada... ¡Nada!

—¿Te ha molestado que mis manos...?

Ella pareció calmarse de pronto.

—No... No, Mike. Perdona...

Él se sentó, alargó la mano hacia los cigarrillos y encendió uno. Después de lo hablado, aquella mañana en el despacho de su jefe, podía comprender mejor aquella reacción de la muchacha, ciertamente. Tenía que estar tan profundamente asustada, debía tener tan incrustado el terror de sus recuerdos, que ni siquiera podía controlar sus reacciones. En su mente, las imágenes de cosas pasadas debían tener tanta fuerza que superaban la realidad en un hermoso yate, al sol, disfrutando de la vida...

—Espero que no te encuentres mal —musitó el policía.

—No... No, no... Bueno, sí, un poco... Es que, he sentido como una molestia, de pronto, en el vientre... No debí tirarme al agua después del almuerzo.

—Ah, sí... Bueno, seguramente no será nada. Pero si quieres que volvamos para que te vea un médico...

—Oh, no... Ya me ha pasado, Mike. No quiero estropear el día.

—¡Qué tontería! —protestó él—. Si no estás bien...

—De verdad que ya estoy bien. Ha sido un momento nada más. Y nada de volver —le amenazó con un dedo—. Dijiste que hoy nadaríamos, tomaríamos el sol, y por la tarde pescaríamos... Es decir, pescarías tú y me enseñarías a pescar a mí. ¡Y eso es lo que vamos a hacer!

—De acuerdo —sonrió él—. Entonces, creo que ya toca pescar, ¿no?

Ella asintió con la cabeza, se deslizó por la cubierta en posición de sentada, y quedó junto a Mike mirándolo fijamente. De pronto, le echó los brazos al cuello y lo besó, tan dulce y sosegadamente, que Mike Morris pensó que aquella misma noche volvería al Police Department para que su jefe definiera de una vez la actitud de ellos para con Wanda Karr.

CAPÍTULO V

Al anochecer, el yate llegó al embarcadero del Sunshine Motel. Y desde lejos, el hombre del sombrero, el bigote y el catalejo plegable que tenía ante uno de los ojos ahora sin lentes oscuros, pudo verlo perfectamente. El catalejo no debía valer más de doce dólares y se podía comprar en cualquier tienda de óptica, era barato y muy cómodo al poder guardarse fácilmente en un bolsillo... Pero aunque barato y sencillo, servía perfectamente en su cometido.

Así, dentro de un círculo oscuro de aumento, Mike Morris y Wanda Karr fueron vistos en todo momento mientras desembarcaban y caminaban luego por la playa, por entre las palmeras y cabañas hacia la de la muchacha.

Cuando entraron, el hombre del catalejo estuvo todavía unos segundos contemplando la puerta dentro de aquel círculo oscuro de aumento, mientras su boca se sacudía en breves crispaciones nerviosas. Luego, lentamente, plegó el catalejo, lo guardó y se puso las gafas oscuras, mientras comenzaba a alejarse de su remoto observatorio...

* * *

—¿Por qué te alejas? —protestó Mike—. Sólo quiero besarte, mi amor.

La alcanzó, la atrajo hacia su pecho y la besó esperando el estremecimiento de ella. Lo notó, desde luego, pero parecía con menos fuerza que otras veces.

—Mike —se apartó ella riendo—. Mike, llegaremos tarde...

—Nadie nos espera —dijo él.

—No. Sólo un horario de programa que no van a retrasar por

nosotros.

—Está bien, está bien... Iré a cambiarme al apartamento que tengo alquilado en Miami.

—Es lo mejor; no estaría bien presentarse allí oliendo a pescado.

—El pescado fresco no huele —sonrió él—. Bueno, no huele mal, al menos. O pienso yo eso. ¿Te atreverás mañana a manejar tú sola la caña?

—¡No! —Se aterrorizó graciosamente Wanda—. Jamás pensé que un pez tuviese fuerza. Bueno, creo que debo...

¡Triliiiiinnngggg...!, sonó el teléfono, sobresaltándoles a los dos. En seguida, Mike caminó hacia el aparato, pero Wanda se le adelantó rápidamente.

—¿Sí?

Clic, oyó en seguida Mike, que no había podido, en cambio, escuchar lo que habían dicho al otro lado de la línea... Miró a Wanda y la vio rígida, tensa, un poco pálida.

—¿Qué pasa? —susurró el policía.

Ella lo miró como si en realidad no lo estuviese viendo.

—Nada... Nada...

—¿Cómo... nada? Los teléfonos no suenan solos, criatura...

—Bueno, era una persona que ha dicho que se ha equivocado...

—Caracas, pues sí que lo ha comprendido pronto... ¿Qué te ha dicho?

—Pues... eso: que por mi voz comprendía que se había equivocado. Y ha colgado.

—¡Vaya reflejos! ¿Era un hombre o una mujer?

—Un... un hombre. Mike, creo... creo que será mejor que no salgamos esta noche. No me encuentro bien.

—¿Otra vez? No me digas que el vientre vuelve a...

—Sí... Sí, me duele un poco. Lo siento, pero...

—Hay muchos días para divertirse —sonrió él—. Lo mejor será que nos decidamos de una vez a llamar a un médico. Telefonaré a...

—No, no, te lo ruego. Estoy segura de que se me pasará si descanso... Eso es todo; me acostaré y mañana estaré bien. Me... me ha pasado otras veces...

—Yo creo que un médico...

—No. Mañana estaré bien. Y ahora, si no te importa, quisiera

acostarme... ¿Te disgusta, Mike?

—Claro que no. Oye, yo podría quedarme, por si...

—No seas sinvergüenza —rió ella—. ¿Por qué otra vez? En el yate ya...

—Mujer, no es eso... Lo que yo quiero...

—Tú quieres que me ponga bien... ¿verdad?

—Claro.

—Pues déjame descansar, eso es todo. ¿Sí, mi vida?

Mike Morris vaciló, pero acabó por asentir.

—De acuerdo. Pero si te encuentras mal, llámame al apartamento... ¿Recuerdas el número?

—Recuerdo el número, recuerdo que sólo tengo que llamar a la portería de ese bonito edificio, pedir por el señor Morris y ya está. Oh, vamos, Mike, le estás dando demasiada importancia.

—Okay —él la besó suavemente en los labios y sonrió, como preocupado—. Hasta mañana...

* * *

—Esta mañana, después de nuestra conversación, llamé a Merrit a Washington —dijo el capitán Gordon—. Como ya sabes, es... una eminencia en psicología criminal, investigación psicológica. Cosas de ésas. Él nos ayudará a decidir si es... psicológicamente conveniente sincerarnos con Wanda Karr.

—Entiendo —murmuró Mike, mirando a Merrit—. ¿Cómo está, señor?

—Espléndidamente, gracias —sonrió Noah Merrit.

—No tenía el gusto de conocerle personalmente, pero por supuesto he oído muchas cosas de usted y leo siempre sus artículos en nuestra revista. Soy un admirador de toda su técnica de investigación científica y psicológica, señor, se lo aseguro.

—Muy amable —casi rió Merrit—. Siempre gusta oír elogios de uno mismo. Y ya que tan... listo parezco, quizá acierte en esto: usted ha entrado en este despacho como una tromba, según suele decirse... ¿Algo relacionado con Wanda Karr, quizá?

Mike se quedó mirando a aquel hombre menudo, delgado, vestido con irreprochable y sobria elegancia, y que, a sus cincuenta años aparentes, tenía aquellos ojos oscuros, tan extraños, que parecían mirar más hacia dentro que hacia fuera.

—Sí, señor —parpadeó al fin—. Sí, desde luego.

—Bien..., ¿qué es ello?

—Bueno... En el plano... personal del asunto, las cosas han llegado tan lejos, señor, que... No me mire así, señor. No pude evitarlo, de veras. A primera hora de la tarde, ella reaccionó casi violentamente cuando la estaba besando. Pero poco después, cuando estábamos abajo, preparando las cañas, ella se... Bueno, fue todo lo contrario. Quiero decir...

—Eso complica las cosas —murmuró Merrit ya puesto anteriormente en conocimiento de todo por Gordon.

—Creo que hay que decírselo —insistió Mike—. Pero eso quizá no sea tan importante como lo otro: la llamaron por teléfono.

—¿Quién? —saltó Gordon.

Mike explicó lo ocurrido, y cuando terminó, no hubo comentarios. Los tres quedaron silenciosos, hasta que Merrit musitó:

—No podemos pensar otra cosa, desde luego: quien la llamó fue míster x y por supuesto, le dijo algo bien diferente a eso de que se había equivocado, que lo había comprendido sólo al oír su voz... No... Claro que no le dijo eso. Pero..., ¿qué le dijo míster x a ella?

—Insisto en que deberíamos ir allá y aclarar las cosas con Wanda, señor —dijo Mike.

—No te preocupes, Mike —recomendó Gordon—. Vamos a esperar.

—¿Esperar, qué...?

—Quizá Wanda Karr se decida a llamarnos para notificarnos la llamada de ese hombre. Puesto que ya hablo de él en Nueva York, no tiene por qué ocultarlo en Miami. Quizá llame.

—Ha tenido tiempo sobrado de hacerlo desde que la dejé.

—Quizá lo está pensando. Tiene que estar muy asustada, mucho... ¿Qué dices tú, Noah?

—Debería estarlo. ¿Cómo saberlo, si no la veo? Aunque su reacción de demorar la llamada tiene sentido. Esa pobre muchacha tiene que estar ahora pasando muy malos momentos: no sabe qué hacer, no sabe si llamar, si marcharse de Miami, si contárselo a Mike o no. Tiene que estar muy asustada... ¿Sigues teniendo a dos de tus hombres en el motel?

—Claro. No sería fácil para nadie llegar hasta ella sin ser visto. Por ahí no hay cuidado. Bueno, dime algo, genio: ¿qué hacemos?

Has venido volando desde Washington para algo, ¿no?

—Pensar con prisas produce indigestiones cerebrales —sonrió astutamente Merrit—. Dame tiempo. Y démosle tiempo a ella... ¿Por qué no dejarla tranquila esta noche? Sí... Eso me parece lo más conveniente. A ver qué hace mañana Wanda Karr. Entonces, contando con su reacción ante esa llamada, podremos tomar decisiones.

—De acuerdo —suspiró Gordon—. Bueno, Mike, creo que a ti también te conviene descansar. Vete a dormir... Oye, al apartamento de lujo que te hemos alquilado, ¿eh? No vayas a irte ahora al tuyo por instinto.

Mike Morris sonrió la amistosa broma de su jefe, se despidió y poco después salía del Police Department entraba en su coche y partía...

Cuando llegó al edificio donde tenía el apartamento, el hombre de los lentes oscuros y el bigote, se apresuró a cobijarse en una esquina. Luego, despacio, fue asomando la cabeza y estuvo mirando a Mike Morris, mientras éste aparcaba debidamente el coche en el estacionamiento ajardinado exclusivo para los inquilinos del edificio. Y lo miró también cuando entró en el edificio... Luego, se alejó hacia la siguiente esquina, donde había una cabina telefónica...

* * *

¡Tiiliinnnnggg!, sonó el teléfono.

Mike Morris, que estaba a medio desnudar y pensando en la estupenda ducha que iba a tornar, volvió vivamente la cabeza hacia el aparato de la mesita de noche. Se sentó en la cama al mismo tiempo que descolgaba el auricular.

—¿Diga?

—Escuche bien —oyó la voz profunda, ahogada—, aunque usted sea de la policía, apártese de ella, si no quiere morir hecho pedazos. Clic.

—¿Quién...? ¡Diga! ¡Oig...!

Se calló bruscamente, comprendiendo que era inútil. Estuvo unos segundos con el auricular en la mano, absorto. Luego, pareció a punto de marcar un número... Finalmente, colgó el auricular, fue adonde había tirado su chaquetón de yachtman, y sacó del bolsillo

superior la pequeña radio, que accionó en seguida.

—Todo bien —oyó en seguida la voz de su compañero Tully. Ella sigue en la cam...

—¡No quiero hablar contigo! —barbotó Mike—. ¡Cierra esa maldita radio, para que me conteste el jefe!

—¿Ocurre...?

—¡Que cierres!

Volvió a llamar y esta vez, transcurridos unos segundos, sí oyó la voz del inspector Gordon.

—¿Qué hay?

—Señor, soy Mike. Por favor, no se mueva de su despacho... Llegaré ahí en seguida, en un salto.

* * *

Gordon pegó un salto en el asiento.

—¡A ti! —exclamó—. ¡Se ha atrevido a llamarte y amenazarte a ti, el muy...!

—Sí, señor. Y él sabe que soy policía.

—¿Quiere repetir textualmente las palabras de ese hombre, Mike? —pidió Merrit, que continuaba en el despacho de Gordon.

—Sí, señor. Dijo exactamente: «Escuche bien: aunque usted sea de la policía, apártese de ella, si no quiere morir hecho pedazos». No puede estar más claro, me parece a mí...

—Desde luego —admitió Gordon—. Será mejor que vayamos con mucho cuidado, porque ese hombre ha variado de táctica.

—Yo estoy siempre preparado, señor, ya se lo dije. No se preocupe por mí. Mire, señor, no quiero ponerme pesado, pero me parece que ha llegado el momento de hacer algo... concreto.

—¿A qué te refieres?

—Wanda y yo nos casaremos esta noche.

Gordon y Merrit se quedaron mirando fijamente a Mike, como asustados.

—Entiendo —susurró Gordon—. ¿Para qué prolongar más la caza? Las cartas están boca arriba ya: míster x sabe que eres policía, tiene que haber comprendido que hay una trampa tendida contra él... Así que me pregunto de qué servirá esa boda. Mike..., ese loco no hará nada sabiendo que el P. D. anda metido de lleno en el asunto...

—Quizá lo haga —deslizó Merrit.

—¿Por qué crees eso? —se sorprendió Gordon.

—Lo evidente de todo eso —dijo lentamente Merrit— es que ese hombre no está en su sano juicio. ¿Estamos de acuerdo?

—Claro.

—Tiene que estar loco perdido —masculó Mike.

—No sé si loco —puntualizó Merrit—. Pero desde luego, no está en sus cabales. Hay varias pruebas de ello: su no acercamiento, a la muchacha, su bestialidad al apuñalar, sus amenazantes llamadas telefónicas con condimento obsceno, su desafío nada menos que a la policía, su absurda tenacidad en un asunto en el que nada práctico gana en ningún sentido... Yo no me fiaría ni tanto así de un sujeto semejante, Mike...

—¿Qué quiere decir, señor?

—Que si usted se casa con Wanda Karr, yo estoy segurísimo de que, sea como sea, ese sujeto querrá matarle, pase lo que pase, él no se echará atrás. Enciéndalo bien: ese hombre no tiene miedo a nada, no le importa nada... Todo el objetivo de su vida consiste precisamente y sea como sea, en asesinar a los maridos de Wanda... Y contra viento y marea, contra un ejército si fuese necesario, él seguirá haciendo esto, o al menos intentándolo sin que le importe un pito lo que pueda pasarle a él ni a nadie. ¿Lo entienden?

—Creo que sí —tragó saliva Mike.

—Entonces habrá que desechar lo de la boda —dijo Gordon.

—Yo estoy dispuesto a correr el riesgo, señor —gruñó Mike.

—Vamos, vamos... No hay que llevar las cosas a...

—Desde luego, si no hay boda, míster x seguirá en la sombra —murmuró Merrit—. Aunque quizá por una vez, y si él comprende lo que ha sucedido en el yate, puede atacar a Mike. Pero, sin duda alguna, su... cautela y su paciencia terminarán en cuanto sepa que ha habido boda formal, etcétera.

—Yo acepto el riesgo —insistió Mike—. Quiero cazar a ese maldito loco cuanto antes, señor.

—Tal como están las cosas, Mike tiene razón —apoyó Merrit—. ¿Por qué esperar más? Lo único que conseguiremos sería perder el tiempo, y estar siempre protegiendo a Mike en todo momento y lugar, siempre esperando, esperando, esperando... ¿Para qué? Si Mike tiene agallas para lanzarle el guante a la cara a ese tipo, opino

que hay que hacerlo cuanto antes mejor.

Gordon se pasó una mano por la frente, retirando las gotas de frío sudor.

—No sé... Claro que toda la jugada está ya descubierta y, por tanto, demorar esto no conduce a nada...

—Yo me he vestido ya adecuadamente —dijo Mike, señalando su traje oscuro—. Todo lo que necesitamos es ir a ver a Wanda, decírselo, y hacer la comedia. Conozco a un juez de paz que vive con un cuñado; este cuñado podría ser el que «oficiase» la ceremonia falsa. Se lo diré a Wanda para...

—¿Para qué? —cortó Merrit, pensativo—. Yo creo que, puesto que todo esto puede terminar hoy mismo, o mañana, es mejor no decir nada. Sólo conseguiríamos, quizá, que su actitud no fuese la que nos conviene con vistas a atraer a míster x.

—Pero no importa lo que ella sepa, señor —interrumpió Mike—. Míster X sabe ya perfectamente que se está enfrentando a la policía. Y aun así, se ha atrevido a amenazar. Pues bien, yo acepto el desafío. Se lo diremos todo a Wanda, e iremos a hacer la comedia de la boda. Ya veremos si míster x se atreve a atacarme a mí en la cabaña del motel...

—Cuidado —recordó Merrit—. Sabiendo lo que él sabe, quizá no espere a su regreso al motel con Wanda, Mike. Incluso quizá cambie de arma... Puede disparar desde lejos, tirarle una bomba, o algo así. Por si acaso, sería conveniente que todos los hombres que intervienen en este caso formasen un... cordón alrededor de usted y Wanda...

—¡Pero así nunca lo cazaremos...! ¡Hay que dejarle que se acerque! ¡Si no le dejamos actuar, no podremos atraparle jamás!

—Tienes razón —admitió Gordon—. Sí, o hay que hacerlo bien o no hacerlo... ¿Qué pasa, Noah? ¿Por qué estás tan pensativo?

Merrit alzó la cabeza, todavía como absorto.

—Estaba pensando en que ese hombre ha demostrado tener una extraña, extraordinaria facilidad para llegar hasta sus víctimas.

—¿Y...?

—Esa facilidad sólo puede ser fruto de un plan bien elaborado. Llegar, asesinar, se marcha... Y no deja huellas de su paso, excepto el cadáver. Es una faceta muy interesante del asunto.

—¿Me caso? ¿No me caso? —Gruñó Mike—. Una vez tengamos

al chiflado, él mismo nos lo dirá todo. Cómo llega, cómo entra en los sitios, cómo sale... ¿Nos ponemos en marcha, señor?

—Sí. Habrá que hacerlo. Está bien, Mike: jugaremos a bodas. Pero todos los muchachos que están en este caso estaremos cerca de ti a partir de ahora y en todo momento. Cerca, pero... dando facilidades a míster x para que se te acerque... Llamaré desde el coche a los que están ahora vigilando en el motel y les diré lo que hay y que cuando te vean salir con Wanda, que os sigan. Allí no tienen nada que hacer si vosotros no estáis, y en cambio pueden ser útiles estando cerca. Avisaré también a los demás para que vigilen los alrededores de la casa de tu amigo... Merrit y yo podemos ser los testigos...

—Ah, no —dijo Merrit—. No, no...

—¿Qué te pasa? —se sorprendió Gordon.

—Una cosa muy tonta y simple —sonrió Merrit—. Estoy cansado. Ha sido un día muy agitado para mí, de modo que si no te importa, me quedaré aquí esperándote aprovechando para echar un sueñecito...

—Dudo que yo vuelva esta noche aquí, Noah; después de la «boda» los muchachos y yo nos distribuiremos adecuadamente por el motel, para vigilar la cabaña donde estarán Wanda y Mike.

—Bueno —casi bostezó Merrit— en este caso, dormiré aún más horas de las que pensaba. Y puestas así las cosas, como no vendrás a despertarme, dedicaré una hora a darme una vuelta por las dependencias de la Delegación. ¿Puedo?

—Claro —musitó Gordon—. Bien, Mike, vete a buscar a Wanda. Yo recojo a los muchachos que hay aquí, avisaré a los que vigilan el motel, y nos veremos allá. Ah, apúntame la dirección... La de ese juez de paz, amigo tuyo que tiene un cuñado... Todo eso.

Mike Morris apuntó la dirección en un papel, se lo tendió a su jefe y se dirigió hacia la puerta del despacho, sin más comentarios.

—Mike.

—¿Sí, señor? —Se volvió.

—Cuidado. No sea que vayamos a hacer algo que precisamente ese chiflado está esperando que hagamos. Mucho cuidado.

Mike enseñó su pistola en la axila izquierda, volvió a cerrar la chaqueta y sonrió duramente.

—Ya le he dicho, señor, que yo estoy preparado... para todo.

Hasta luego. Adiós, señor.

—Adiós —respondió Merrit.

Cuando Mike hubo salido, Gordon se quedó mirando atentamente, con gesto perplejo, a su amigo y compañero de promoción.

—Bueno, Noah, ¿qué es ello? —refunfuñó.

—¿El qué?

—No me vengas con tonterías. Te conozco hace muchos años y todavía recuerdo ese gesto tuyo... ¿Qué idea luminosa has tenido?

—Dormir —rió Merrit—. ¿No te parece que es una de las mejores ideas del mundo? Oh, dormir, dormir...

CAPÍTULO VI

—¿Estabas durmiendo ya? —sonrió Mike.

Wanda le contemplaba todavía atónita. El policía cerró la puerta del *bungalow* y se apoyó en ella, contemplando a la muchacha, que estaba en ropa de dormir, en efecto. Y de tan alta intimidad que era de suponer que no habría abierto la puerta a nadie más que a Mike Morris.

—Pero... pero Mike, son casi las diez de la noche, y quedamos...

—Ya sé que quedamos en vernos mañana. ¿Cómo te sientes?

—Mejor... Sí, mejor...

—Estupendo. Siempre es más bonito que la novia ofrezca un buen aspecto.

—¿Qué novia?

—Tú. Vamos a ir a casarnos ahora mismo.

Wanda palideció y retrocedió un paso. Mike la sujetó por los brazos temiendo que fuese a desvanecerse.

—No... —jadeó ella—. No, no, Mike...

—Sí. Escucha, vamos ya a terminar con este juego, que se nos va haciendo cada vez más difícil a los dos en lo personal y tiene a la policía en vilo...

—¿A... a...?

—Yo soy del Police Department, Wanda. Desde el primer momento, todo fue un plan de mi jefe para cazar a ese loco que viene siguiéndote por todo el país, asesinando a tus maridos... Sí, estoy enterado de todo. Absolutamente de lodo. La policía estaba dispuesta a esperar el tiempo que fuese necesario, pero han sucedido cosas que nos han hecho comprender la conveniencia de adelantar los acontecimientos. ¿Me entiendes?

—Me has engañado... ¡Me has engañado...! —gimió ella—. ¡Oh,

Mike, todo era mentira, todo...!

—Todo no —negó él, con voz ronca—. Todo, no, Wanda. No por mi parte, al menos, pero lo nuestro, lo personal, que ha calado muy hondo en mí a pesar de que me decía a mí mismo que estaba realizando un trabajo más, vamos a dejarlo ahora aparte. Lo que urge es cazar a míster X...

—Mike, no me quieres —dos lágrimas aparecieron en los ojos de Wanda—. ¡No me quieres, has estado...!

—¡Te repito que vamos a dejar esa parte del asunto para otro momento! Escucha, ese tipo está loco... Se ha atrevido a amenazarme a mí, aun sabiendo que soy policía. Poco después de llegar a mi apartamento, me llamó por teléfono y me dijo que aunque yo fuese del Police Department, tenía que apartarme de ti si no quería morir hecho pedazos... Él lo sabe todo. No debe andar muy lejos, seguramente dispone de prismáticos, y hasta es posible que nos haya seguido durante nuestros paseos por el mar, utilizando una lancha... Lo sabe todo: si nos vemos o no, dónde, cuándo, tu estancia aquí, mi domicilio... Nos ha estado vigilando, ha debido comprender que la cosa iba en serio entre nosotros, y me ha amenazado con hacerme pedazos si me caso contigo... Está bien, que lo intente. Eso es lo que queremos, que lo intente... Y en cuanto lo haga, lo cazaremos. Ya no hay por qué esperar más.

—Pero si él... si él sabe que eres policía no se atreverá a hacer nada... Comprenderá que tus amigos estarán por aquí, no podrá acercarse... ¡No podréis apresararlo, y él volverá a seguirme cuando yo me vaya a otro lugar...!

—El atacará —aseguró Mike—. No tiene más remedio. Un hombre que habla como él, es que está dispuesto a todo. Eso es lo que hemos comprendido mi jefe y yo. Tiene que atacarme. Hoy, mañana, pasado... Pero tiene que hacerlo. Y lo hará, porque no verá a ninguno de mis compañeros por aquí. Ellos estarán cerca, naturalmente, pero no tanto que él pueda verlos. Sabemos cómo escondemos, Wanda: entre los arbustos, dentro de otros *bungalows*... Tú no tienes que preocuparte por eso, créeme.

—Dios mío... Pero, Mike, ¿qué... qué te dijo él, que...?

—Me amenazó, eso es todo. ¿Quieres conocer las palabras exactas? Pues me dijo: «Escuche bien; aunque usted sea policía, apártese de ella, si no quiere morir hecho pedazos...».

—¡Oh, Dios mío...!

—¿Qué fue lo que te dijo a ti?

—¿A... mí...?

—Él te llamó cuando regresamos esta tarde del paseo en yate. Vamos, Wanda, es absurdo que me lo ocultes. ¿Qué te dijo?

—Pues que lo nuestro había terminado y no debería volver a verte... si no quería quedarme viuda otra vez... Por eso no quise salir esta noche contigo y pensaba... pensaba decirte mañana que lo nuestro había terminado y no volver a verte... ¡Mike no quiero que a ti...!

—Tranquilízate... —sonrió dulcemente Mike, abrazándola de nuevo—. Tranquila, amor, tranquila... Esta vez va a morder en hueso, te lo aseguro.

—No... Esta vez no se atreverá...

—Lo hará, lo hará. No sería propio de él tolerar mi victoria. No sé cuándo ni cómo, pero atacará. Ahora, mi amor, ve a vestirme y nos vamos a casar inmediatamente. Es decir..., parecerá que nos casamos.

—¿Qué...?

—Va a ser una ceremonia falsa. Pero mister x no lo sabrá. Para él estaremos casados. ¡Ya lo creo que atacará! O eso, o todo este asunto no tiene el menor sentido... Y hasta los locos tienen una norma básica de conducta.

—No te casarás conmigo... —murmuró ella.

—Esta vez no, mi amor. Una cosa así me gustaría hacerla de un modo más alegre, invitar a mis compañeros... Esta vez, estaré trabajando. Pero...

La besó en los labios, intensamente. De nuevo notó el estremecimiento en Wanda, pero en esta ocasión la tensión de ella estaba más que justificada... Mike la apartó, por fin, y ella apoyó su mejilla en su pecho.

—Mike —suspiró—. No estás obligado a...

—Ve a vestirme —sonrió él—. Y no tardes. Yo te espero en el coche.

—No sé si debemos... provocar de ese modo a... al loco.

—Hay que hacerlo. No tardes.

La volvió a besar, y salió de la cabaña. Entró en el coche, que había estacionado delante, y fue mirando a todos lados, en busca de

una presencia sospechosa. Se veía luz en las ventanas de varias cabañas y hasta de una de ellas llevaba música clásica. Los senderos de tierra batida estaban bien iluminados, ciertamente, pero la abundancia de arbustos de flores y de pinos creaba numerosas zonas de sombra no poco inquietantes... En cualquiera de aquellas sombras podía estar el chiflado de los lentes oscuros y el bigote. Pero, de momento, Mike Morris no pudo ver a nadie. Ni siquiera la menor señal de presencia de sus compañeros en turno de vigilancia, Randall y Tully.

Sacó la radio de bolsillo y la accionó.

—Escucho —oyó la voz de Tully.

—Oye, Tully...

—Hombre, Mike, ¿otra vez? Perdona, pero...

—No, no. Esta vez quiero hablar contigo... ¿Me habéis visto llegar?

—Claro. Y sabemos que estás ahora en el coche. Pero no te vemos dentro, así que...

—Está bien, está bien. Escucha, dentro de unos minutos, ella va a salir. Nos vamos a ir en mi coche, tú y Randall vendréis detrás.

—¿Abandonamos el puesto?

—Son órdenes. Hay muchas novedades... Venid detrás, vigilando bien; es posible que intenten atacarnos antes de la boda...

—¿Qué boda?

—La que va a celebrarse. Oye, tendrás en la casa del juez de paz todas las explicaciones que quieras. Ahora, límitate a seguarnos a Wanda y a mí, con los ojos bien abiertos. Cuando nosotros entremos en una casa, vosotros hacedlo detrás. Eso es todo. ¿Okay?

—Okay, Mike.

Éste cerró la radio, la guardó y sacó un cigarrillo. Estaba a punto de encenderlo cuando pensó en las palabras de Tully; si no se le veía dentro del coche, lo mejor sería no fumar por si mister x estaba por allí y al ver la brasa del cigarrillo se guiaba por ella para dispararle, quizá con un rifle. Claro que a lo peor, el loco disponía incluso de granadas, o un cóctel Molotow... que no era precisamente de salchicha y leche de mosca. Pero no. No. Cierto que la voz de mister x no había tenido tono amenazador sino apagado, neutro... Desde luego, podía ser para disimular la voz... Pero no era el tono, sino sus últimas palabras: hecho pedazos.

Pedazos... ¿A cuchilladas, a tiros, con una bomba...?

—Tiene que ser a cuchillo —murmuró el policía—. Así ha sido las tres veces anteriores, y ese loco debe tener a orgullo conseguir su objetivo como siempre, sin fallos. Y tal como ha hablado, es imposible que desista: tendrá que hacerlo. O, al menos, intentarlo...

Wanda salió cinco minutos más tarde con indumentaria adecuada al serio traje del policía, elegante, sobria. Entró en el coche y se sentó junto a Mike, rígida, tensa. Estaba visiblemente pálida, Mike le acarició una mano.

—Tranquila, amor —susurró—. Te garantizo que esta vez va a terminar tu pesadilla.

El coche partió.

Y apenas tres minutos más tarde, una sombra apareció entre unos arbustos. Una sombra de hombre, que se deslizó cautamente hacia la cabaña de Wanda, llevando un paquete voluminoso... No fue hacia la puerta, ni hacia una ventana, sino a la parte de atrás. Todo lo que hizo fue rodear la cabaña, mirando a todos lados. Caminaba sin envaramiento, con soltura, como si estuviese allí ocasionalmente... Pero por fin, abrió una de las ventanas, sin la menor dificultad y entró en la cabaña. Cerró la ventana, corrió las cortinas, y a los pocos minutos la luz de una pequeña linterna iluminó el piso. Luego, las paredes, y el techo... El armario, la cama, el tocador... Sobre la cama fue dejando el paquete y unas manos enguantadas en negro lo desarrollaron. Unos guantes finísimos, flexibles hasta casi permitir un tacto normal. Luego, la luz de la linterna se desplazó hacia el cuarto de baño, la cocina, el *living*... En un par de minutos, el pequeño círculo de luz había llegado a todos los rincones del *bungalow*, buscando especialmente lugares altos, cerca del techo.

Como de muy lejos, seguía llegando música clásica.

* * *

—No creo que haga falta música, ¿verdad? —sonrió el hombre.

—No —sonrió también Mike, secamente—. En realidad, ni siquiera hace falta ceremonia falsa, Wayne. Se trata solamente de estar en esta casa el tiempo suficiente para que parezca que ha habido boda.

—Entiendo —asintió el juez de paz, viejo conocido de Mike—.

Es decir, no entiendo el porqué de todo esto, pero interviniendo tú no tengo la menor duda de que el asunto es honrado. Naturalmente —el juez de paz miró a Gordon y sus seis hombres, todos de pie, con caras serias— sigues en la policía.

—Desde luego. Oh, perdón... Bueno, él es el capitán Gordon. Los demás son detectives, como yo.

—Buen grupito —sonrió el juez de paz.

Estrechó la mano a Gordon y saludó con la cabeza a los demás. Luego, miró a Wanda, que se había sentado en un sillón, con las manos en el regazo, muy pálida, la mirada baja.

—Puedo llamar a Martha para que os haga café... —sugirió amablemente el juez de paz—. En cuanto a ella quizá necesite algo más... más tonificante todavía, Mike.

—Por nosotros no moleste a su esposa, Wayne. Pero no sé si Wanda...

—No —alzó ella la cabeza de pronto—. No quiero nada...

—Pero no es molestia —protestó Wayne—. Con mucho gusto...

—No, gracias... No. El café me... me sienta mal...

—Pues no tome café —sonrió el juez de paz—. La verdad es que pienso que necesita algo más fuerte.

—Bueno, sí..., si tuviese un poco de *whisky*, yo creo —enrojeció de pronto—, creo que me sentaría bien, sí...

—¡Por supuesto! ¿Alguien más quiere un trago?

—No, gracias... —negó por todos el inspector, Gordon.

El juez de paz sirvió una medida prudente en un vaso, y lo tendió a Wanda. Ella adelantó una mano, tan temblorosa, que Wayne frunció el ceño, y miró a Mike Morris. Sin decir palabra, el hombre sujetó la mano de Wanda, ya con el vaso entre sus dedos, y la ayudó a llevarlo hacia la boca... Pero en cuanto apartó su mano para que ella pudiese beber, el temblor fue tan violento que casi todo el *whisky* se vertió sobre el pecho de Wanda. Pero ni siquiera así parecía ésta capaz de reaccionar. El juez de paz parpadeó y susurró:

—Le serviré otro.

Quitó el vaso de entre los dedos, y volvió al mueble bar, se arrodilló ante ella y le tomó las manos que estaban heladas, húmedas de *whisky*...

—Wanda —murmuró—. Wanda, cálmate. Todo va a salir bien...

Sé que estás pasando muy mal rato, pero piensa que muy pronto habrá terminado todo. Por favor, serénate.

—Tengo..., tengo miedo, Mike, tengo...

—Lo sé, lo sé... Pero tienes que sobreponerte. Traiga, Wayne, yo la ayudaré esta vez —tomó el vaso y lo acercó a los labios de Wanda—. Bebe un poco... No, no, yo te lo doy... Esto es, bebe...

Como una niña, Wanda Karr fue bebiendo sin tocar el vaso, con los ojos cerrados, tragando el *whisky* como si fuese medicina. Se oyó dos o tres veces el chocar de sus dientes contra el vaso, pero, finalmente, éste quedó vacío.

—¿Se siente mejor? —preguntó amablemente el juez de paz.

—Sí... Sí, gracias.

—Yo creo —musitó Barrows— que ya llevamos aquí el tiempo suficiente.

—Calma —dijo Gordon, miró su reloj y movió negativamente la cabeza—. Esperaremos unos minutos más. ¿Tiene usted arroz?

—¿Arroz? —Alzó las cejas el juez de paz, y de pronto sonrió divertido—. Oh, sí, claro... Iré a buscarlo.

Salió del *living* y Gordon miró a Mike.

—Naturalmente, este hombre es de toda confianza, Mike.

—Por supuesto, señor. Lo conozco desde niño, cuando vivía en esta parte de Miami con mis padres, que eran buenos amigos de ellos. Mmmmm... ¿No lo estamos alargando mucho, señor?

—Yo diré cuándo salimos de aquí —replicó Gordon.

Los siete policías lo miraron sorprendidos, pero ninguno hizo el menor comentario. El juez de paz regresó con una bolsita de arroz y cada agente tomó un puñado, sonriendo irónicamente. El único que no tomó fue Gordon. Se quedaron todos silenciosos, durante tanto tiempo, que los policías comenzaron a sentirse en ridículo, allí de pie, cada uno con arroz en la mano, tendida como si estuvieran pidiendo limosna.

—Bueno —dijo de pronto Gordon—, nos vamos. Cabe la posibilidad de que, por un medio u otro —miró al juez de paz— alguien le pregunte a usted qué ha ocurrido aquí dentro. Le ruego que diga, a quien sea, que ha casado usted a un tal Mike Morris con una tal Wanda Karr. Lo que no debe mencionar es su antigua amistad con Mike.

—De acuerdo. ¿No puedo saber...?

—Es muy posible que Wanda y yo volvamos por aquí pronto, Wayne —sonrió Mike—. Entonces se lo explicaré todo... lo que sea posible explicar...

—Está bien. Hasta la vista, Mike —sonrió a Wanda—. Hasta pronto, señorita Karr. Presiento que su próxima visita a esta casa será... en serio, ¿verdad?

Wanda intentó sonreír. Se puso en pie, Mike la tomó del brazo y se dirigieron hacia la puerta, precedidos por el juez de paz, que la abrió, les dio la mano... Los «novios» salieron hacia el coche «perseguidos» por los policías que, por fin, pudieron desprenderse del arroz, con gran satisfacción. Brent sacó un cartel que había tenido guardado, haciéndole una seña a Hopkins, que sonrió y metió la mano entre los setos del jardincillo delantero de la casa del juez de paz, para sacar unas cuantas latas de conserva vacías unidas por un cordel.

Cuando el coche de los «novios» partió, iban arrastrando un ruidoso artefacto hecho con latas y llevaba sujeto atrás un cartelito que decía: JUST MARRIED.

—A los coches —dijo Gordon—. Mike sabe que tiene que dar un poco de vuelta para que nosotros lleguemos antes y ocupemos las posiciones. Que nadie se acerque más de lo convenido. ¿Está claro? Hay que dejar... pista libre a míster x.

—No será tan loco de atacar esta noche —comentó Tully.

—Ataque cuando ataque, nosotros estaremos allí. ¡En marcha!

CAPÍTULO VII

El coche se detuvo delante de la cabaña y Mike Morris salió, lo rodeó y abrió la portezuela. Ayudó a Wanda, tomándola de un brazo.

—¿Estás bien? —se interesó.

—Sí... No..., no he visto a ninguno de tus amigos, Mike...

—Ni los verás... —sonrió él—. Están más alejados que antes. Pero yo respondo de su eficacia, no te preocupes. Además, también yo soy un tipo de cuidado, ¿sabes? Te aseguro que meterme a mí un cuchillo en la barriga no es tarea sencilla. Y tengo una pistola de nueve tiros con la que nunca fallo —se palmeó el sobaco izquierdo—. Tienes que tranquilizarte, amor.

—Sí..., sí, Mike.

Entraron en la cabaña y Mike refunfuñó algo contra el calor. Abrió la ventana del *living* y luego la del dormitorio. Se dio cuenta de que Wanda lo miraba aterrada y sonrió de nuevo.

—Hace un calor terrible, ¿no crees?

—Pe... pero con... con la ventana abierta...

—Tranquila —insistió el policía—. Le vamos a dar todas las facilidades que quiera. Tranquila...

La abrazó y la besó. Ella estaba tan rígida que Mike la apartó, decepcionado.

—Lo... lo siento, Mike, pero...

—Te comprendo. La próxima noche de bodas será mucho mejor.

—¿La... la próxima...?

—¿No me oíste decírselo al juez de paz? Volveremos por allí, y esta vez será en serio... Completamente en serio, mi amor. Y ahora, no quisiera... presionarte, pero deberíamos acostarnos. Aunque no debes temer... nada, ¿comprendes? Estoy trabajando.

—Sí —tragó saliva ella—. Entiendo, Bu... bueno, yo... yo voy a ducharme. Huelo a *whisky* como... como si me hubiese bañado en una cuba.

—Eso es cierto... —sonrió él—. ¿Te ayudo en algo?

—No, no...

Fueron unos segundos de tensión mientras Wanda se quitaba el vestido. Quedó en prendas íntimas, y Mike se volvió de espaldas. Aquéllos no eran momentos como los del yate, ciertamente...

—Puedes mirar —musitó ella.

El policía se volvió. Wanda continuaba con dos prendas solamente y sostenía un albornoz de baño. Se dirigió hacia el cuarto de baño, que daba al pasillo, donde también estaba la cocina y que comunicaba el único dormitorio con el *living*. Mike la estuvo mirando hasta que entró. En cuanto se cerró la puerta, sacó la radio de bolsillo.

—¿Sí? —Oyó la voz de Gordon.

—¿Alguna novedad, señor?

—Ninguna, hombre... ¿Todo bien ahí?

—Por ahora, sí. Wanda se está duchando, pues olía a *whisky*... Echaré un vistazo por el *bungalow*, no sea que durante nuestra ausencia ese loco haya puesto una bomba o algo así.

—Buena idea... Mucho cuidado, Mike, si ves algo, no lo toques sin avisarme.

—Por supuesto.

—Sea lo que sea, Mike.

—Sí, sí, descuide... Aunque ese tipo no hará una cosa así, estoy seguro. Vendrá con un cuchillo.

—Mike...

—Tranquilo, señor. Bien, hasta la próxima.

—Adiós, Mike.

Cerró la radio y miró a su alrededor. Salió del dormitorio, pasó ante el cuarto de baño oyendo el rumor del agua de la ducha al caer y sonrió. Miró en la cocina, en el *living*... Nada interesante, al menos en un vistazo de primera inspección. Luego, volvería por allí, porque pensándolo bien, donde podía haber algo, con toda lógica, era en el dormitorio. Regresó a éste, se acercó a la ventana, y echó un vistazo al exterior. No se veía a nadie; el silencio era ahora absoluto. Solamente tres o cuatro *bungalows*, tenían todavía alguna

luz encendida. Se quitó la chaqueta, bufando de calor, y giró los ojos en todas direcciones.

Y de pronto, su mirada quedó fija, primero alarmada y luego sorprendida, en lo alto de las separadas cortinas de la ventana, en la barra que las sostenía. Estuvo atónito durante unos segundos. Luego, precipitadamente, acercó una de las butaquitas, la colocó bien y alzó de nuevo la mirada, frunciendo el ceño. O estaba viendo visiones, o allá arriba había una...

De pronto, Mike Morris tuvo la súbita sensación de otra persona en el dormitorio, justamente tras él. Rápidamente se volvió, llevando la mano a la pistola... y en esa postura, recibió la primera puñalada, en el pecho, siendo derribado en la butaquita... No tuvo tiempo ni de gritar, ni de sacar la pistola... De nada. El puñal ascendió y descendió varias veces más, furiosamente, salvajemente, mientras Mike Morris, sangrando, tumbaba de lado la butaquita, que le cayó encima, manchándose de sangre.

Silencio absoluto. Sólo el jadeo entrecortado, enloquecido, de una persona que tras contemplar a Mike Morris un par de segundos, se volvió, y salió del dormitorio pasando ante el cuarto de baño, donde seguía oyéndose el rumor del agua de la ducha.

Los pasos siguieron adelante, hacia el *living*. Segundos después, el ensangrentado puñal se colocaba tras las conexiones de la instalación eléctrica de la cabaña. Hubo un tirón, un chasquido, una vivísima luz azulada.

* * *

El inspector Gordon respingó y se puso en pie de un salto cuando todas, absolutamente todas, las luces del Sunshine Motel se apagaron de pronto.

—¿Qué pasa? —gritó Tully a su lado.

—¡A la cabaña! —aulló Gordon—. ¡Todos a la cabaña! —Sacó la radio de bolsillo y abrió la comunicación y vociferó—. ¡Todos a la cabaña de Mike inmediatamente! ¡Llevad los coches con todas las luces encendidas, sacad las linternas...! ¡Ahora mismo!

Echó a correr, desde la playa, donde había estado tumbado, mirando hacia las cabañas. Tully corría hacia el coche, cuyo motor rugió en seguida, las luces se encendieron... Desde varios puntos los policías corrían como locos, convergiendo hacia la cabaña número

21, pistola en mano... Alrededor de ellos, se oían algunas voces desde las cabañas, pero, con extraordinaria nitidez, aterradísima, por encima de todas, oyeron la voz de Wanda Karr:

—¡Mike! —gritaba—. ¡Mike, Mike...! ¡Socorro, socorro...!

La luz de uno de los coches dio de lleno en la fachada de la cabaña, justo cuando Gordon saltaba al porche. Barrows apareció a su lado, jadeante. Empujó la puerta y al no abrirse, sin vacilar un segundo, disparó contra la cerradura, que saltó entre astillas.

—¡Rodead la casa, que nadie salga! —aullaba Gordon—. ¡Que nadie se aleje de aquí!

Barrows había acabado de franquear la entrada, derribando la puerta de un formidable patadón, y se precipitó al interior del *bungalow* pistola en mano, moviendo la linterna hacia todos lados...

Los gritos de Wanda Karr habían alcanzado ya un diapasón de histeria infinita, y se oían los golpes que daba en la puerta del cuarto de baño. Barrows la empujó, pero no cedió.

—¡Apártese de ahí! —gritó—. ¡Voy a disparar contra...!

—¡Déjala dentro! —ordenó Gordon—. ¡Y dame luz en el dormitorio!

Barrows obedeció instantáneamente. Afuera, se oían las voces de Tully y Hopkins, entrando ya. En el exterior, tres coches habían convergido de modo que la cabaña estaba completamente iluminada por fuera con sus luces y los demás policías estaban rodeando la casa.

Por la ventana del dormitorio entraba un buen caudal de luz de uno de los coches, pero fue la linterna de Barrows la que iluminó la butaquita caída y el torso de Mike Morris saliendo por un lado, por debajo.

—¡Mike! —aulló Gordon.

Apartó la butaquita de un manotazo, tendió ambas manos hacia el ensangrentado policía y las detuvo en seco, paralizado de espanto.

—¡Santo Dios! —exclamó Barrows a su lado, acucillado—. ¡Santo Dios, lo han matado!

Hopkins y Tully entraron como disparados en el dormitorio, vieron la escena en el círculo de luz de la linterna de Barrows y la voz se les secó de pronto, sus rostros quedaron lívidos.

—No lo toquéis —dijo Gordon, con voz quebrada—. Id a uno de

los coches, llamad al Departamento y que desde allí, con patrulla, envíen una ambulancia con médicos, enfermeros, plasma... ¡Máxima urgencia médica y prioridad de paso!

—Pero ya... ya está muerto —jadeó Barrows—. ¡Está muerto, lo ha matado, lo ha mat...!

—¡Barrows!

—Sí, sí, señor, sí. Por Dios... Pobre Mike, pobre compañero...

—Tully —ordenó Gordon—, a ver qué ha pasado con la luz. Tú, Hopkins, a ver por qué no sale esa chica del baño..., ¡y que deje de gritar! ¡Y no vayas a traerla al dormitorio!

Barrows había salido de la cabaña para llamar desde uno de los coches. En el porche se cruzó con Noah Merrit, que llegaba sin aliento, portando un gran maletín.

—¿Qué... qué ha...?

—Lo ha matado... ¡Ha matado a Mike!

—Dios...

Entró en la cabaña, corriendo hacia el dormitorio. Rebotó contra Hopkins, que ocupaba el pasillo, iluminando la puerta del cuarto de baño.

—¡Apártese, señorita Karr! ¡Voy a dis...!

Pero con la sacudida del encontronazo con Merrit la luz de la linterna se desplazó, hacia el suelo, iluminando la llave. Hopkins la recogió, la metió en la cerradura y la hizo girar... Una figura envuelta en algo blanco, chorreando agua, se echó en sus brazos, chillando, aullando histéricamente, llamando a Mike.

—Cálmese... Cálmese, por favor; soy Hopkins, ¿me recuerda? Por favor, cálmese, se lo suplico... ¡Cálmese!

Pero como Wanda seguía gritando, le dio un bofetón tremendo, que casi tiró a la muchacha contra la pared. Instantáneamente, ella dejó de gritar y sus ojos se vieron desorbitados, enloquecidos...

—Perdóneme, pero... Bueno, tenía que hacerlo. Venga conmigo.

—Mike —gemía Wanda—. ¡Mike, Mike...!

—¡No vaya hacia allí! —Tiró Hopkins de ella.

La llevó al *living* y la sentó casi sujetándola en el sofá. Tully regresaba en aquel momento, acompañado del conserje del motel.

—Ayúdeme a buscar —jadeó Tully—. Si se han fundido los fusibles generales es que ha habido un cortocircuito. ¡Y estoy seguro de que tiene que haber sido provocado en esta cabaña!

El conserje también llevaba linterna, y no tardaron ni diez segundos en descubrir la avería, con manchas de sangre alrededor de la pared.

—Deme la cinta aislante —pidió Tully—, vaya allá, pero no coloque los fusibles nuevos hasta que pase un minuto.

—Sí, señor, sí...

El conserje salió como disparado y Tully comenzó a efectuar el empalme, tirando furiosamente de los hilos que recubrió con cinta aislante, en arreglo provisional. Apenas habían pasado diez segundos desde que terminó cuando todo el motel volvió a iluminarse de pronto. Y mucho más que antes, pues muchos de los ocupantes de las cabañas que habían estado descansando, lo primero que habían hecho al oír los gritos fue dar la luz... en vano. Los senderos, las cabañas, todo, quedó iluminado... mientras a lo lejos se oía el ulular de una sirena...

Tully fue al dormitorio y cerró los ojos al ver el estado en que había quedado Mike, el «guapo» del Police Department de Miami y siempre buen compañero...

—Ya..., ya ha llegado la ambulancia, señor —musitó.

—¡Fuera! —dijo Gordon—. ¡Todos afuera! ¡Hay que buscar a ese maldito loco...!

—Pero, señor..., si él hubiese salido, lo... lo habríamos visto... Con las luces de los coches y todos corriendo, no podía escapar...

—¡Pues ha escapado! ¡Ha escapado!

—Bueno... El provocó la avería en la luz, señor, y quizá... en los primeros segundos, después...

—Hay que encontrarlo —jadeó Gordon—. ¡Lo encontraré aunque sea lo último que haga en la vida, aunque...!

—Cálmate —musitó Merrit—. No consigues nada así. Creo que está llegando la ambulancia. Salgamos a recibirla... Vamos, vamos, no ganas nada quedándote aquí, contemplando a este pobre muchacho...

Lo asió de un brazo, tiró de él hasta ponerlo en pie, y casi lo arrastró hacia la puerta. Al llegar al *living*, Hopkins acudió a su encuentro, dejando a Wanda en el sofá, casi desvanecida.

—La habían encerrado en el cuarto de baño —susurró Hopkins—. La llave estaba en el suelo, afuera. Está... está casi desvariando, señor.

—Está bien... Procura que se calme. Luego nos ocuparemos de ella... Sobre todo, que no vea a Mike. Se volvería loca del todo.

—Sí, señor.

Merrit y Gordon salieron al porche, delante del cual, pero a cierta distancia, se agolpaban los demás inquilinos del motel, la mayoría en ropa de dormir. La ambulancia se había detenido ya, girando todavía su luz, y Gordon tras echar un vistazo a la posición que ocupaban sus desconcertados, casi petrificados agentes, se adelantó para recibir a los médicos, comenzó a hablar con ellos.

Iban entrando en la cabaña, pero Merrit asió de pronto a Gordon por un brazo y le hizo dar media vuelta, bruscamente. Gordon vio la expresión como alucinada de Merrit, que señalaba hacia el gran semicírculo de curiosos.

Gordon miró hacia allá, y tuvo la impresión de que un rayo descargaba sobre su cabeza. Como en un grandioso y tremendo *flash* fotográfico destacando entre todos los demás, en la última fila vio al hombre. Un hombre que llevaba sombrero, lentes oscuras y bigotes y que, evidentemente, sentía gran curiosidad por lo que allí ocurría. Su rostro estaba blanco.

—Pe... pero... ese tipo está completamente loco —reaccionó Gordon estremeciéndose, señalándolo, aullando—. ¡Allá está! ¡Que no escape!

Hubo un movimiento de sorpresa entre los curiosos, de indecisión entre los policías. Pero el propio mister x les resolvió su perplejidad al apartarse del grupo de inquilinos y echar a correr.

—¡Alto! —gritó uno de los policías—. ¡Alto o disparo!

El hombre siguió corriendo y el policía disparó al aire... Pero el hombre seguía corriendo, corriendo... El policía ya no disparó al aire. Simultáneamente con un apretón al gatillo, el perseguido lanzó un aullido, saltó, dio una vuelta completa en el aire, y cayó de bruces. Se agitó, se colocó de rodillas, y se llevó una mano al pecho...

—¡Cuidado! —gritó otro policía.

Y mientras gritaba, disparó dos veces más, abatiendo de espaldas al hombre, que ya no se movió. Cerca de él yacía el sombrero, y las gafas oscuras.

No sin precauciones, Gordon, Merrit y dos de los policías llegaron a su lado. Un policía lo registró rápidamente y miró

sorprendido a Gordon.

—No lleva armas —musitó.

—¿Nada?

—No, señor, seguro...

—Debe haber escondido el cuchillo por ahí. Estaba entre los demás, esperando poder escabullirse entre ellos... Muy listo. Si hubiera echado a correr, lo habríamos visto. Pero no... Se quedó quieto esperando que llegase gente, cosa que iba a suceder, y se habría marchado mezclado con los demás... El cuchillo tiene que estar por alguna parte, cerca de la cabaña. Ya lo buscaremos luego... ¿Está muerto?

—No, señor. Todavía no, pero...

Gordon se arrodilló junto a míster x y lo contempló atentamente. Un rostro vulgar, blando, disipado... Un hombre de unos cuarenta años, o poco más. Estaba lívido, desencajadas las facciones.

—Mire, señor —exclamó el agente que había registrado al moribundo—. Este paquetito contiene LSD. ¡Es un vicioso!

—Eso, además de loco. —Gordon se dio cuenta de que míster x lo miraba a él y movía los labios—. ¿Está diciendo algo?

—Yo... yo lo dejé todo por seguirla a ella y... y mi amor por ella ha... ha destrozado mi vida... Pero me alegro de morir, porque... porque ya no podía soportar más las... las imágenes azules...

—¿Qué imágenes azules? —Gruñó Gordon.

—Déjalo seguir —pidió Merrit, vivamente interesado.

—Yo... yo pensaba cada vez que... que sería la última, que ella no buscaría a otro más... La amenazaba, pero ella... no me hacía caso... Perdónenme, pe... pero... pero la... la amo tanto que nunca he podido ni... ni puedo ahora hacer... nada contra ella... Nunca... nada... contra ella... Yo...

Calló de pronto y quedó con los ojos abiertos, desorbitados. Merrit le bajó los párpados, pensativo, como desconcertado.

—Están sacando a Mike —susurró Brent, de pie, junto a ellos.

—Ve con él —dijo Gordon—. Llámame luego y dime dónde está. Quizá puedan salvarlo... Pero antes de subir a la ambulancia, dile a Hopkins que venga aquí con Wanda Karr.

—Sí, señor.

Brent comenzó a alejarse... mientras uno de los médicos se acercaba al grupo que rodeaba a *Mr. X*, comprendiendo que

también allí podían necesitar sus servicios. Pero un simple vistazo fue suficiente para que comentase:

—Éste ha tenido menos suerte.

—¿Qué quiere decir? —Respingó Gordon.

—El otro quizá se salve, gracias a su camiseta de fibra de titanio... ¿O no es titanio?

—¿De qué está hablando? —masculló Cape.

El médico le miró amablemente.

—Ustedes sabrán. El muchacho de la cabaña llevaba una camiseta de fibra de titanio, de ese material que se utiliza para chalecos contra balas. Desde luego, si no hubiese sido por eso, estaría tan muerto como éste. En mi vida he visto salvajada semejante.

—¿Se... salvará?

—Es pronto para decirlo, pero tiene probabilidades. Sólo probabilidades, no me comprometo, ¿entienden? Bueno, creo que ya lo han acomodado en la ambulancia, así que me voy... A éste será mejor que lo venga a recoger una furgoneta de la Morgue, ¿verdad?

—Sí... Sí, desde luego. Gracias por todo...

El médico se alejó y los policías quedaron mirándose unos a otros.

—Camiseta de fibra de titanio —musitó Gordon—. ¡Ahora comprendo por qué Mike decía que estaba preparado para todo! Bien... Lo mejor que podéis hacer es dedicaros a buscar el cuchillo... No puede estar muy lejos de la cabaña. Cape, llama tú mismo, desde la cabaña, que vengan de la Morgue a llevarse a este loco...

—Sí, señor.

Los policías se alejaron, dejando solos a Gordon y a Merrit, junto al cadáver, Merrit murmuró de pronto:

—A mí no me ha parecido tan loco.

—¿Qué?

—No sé... Tonterías.

—¿No eras tú el que decías que tenía que estar loco?

—Sí, desde luego. Bueno, no sé... Oye, si te parece me voy a la cabaña, a recoger lo que coloqué allí después que Mike y Wanda salieron. Tranquilo, no dejé huellas que puedan fastidiar a nadie.

Utilicé guantes muy finos. Éstos —sacó unos guantes negros del bolsillo—. Espero que todo haya funcionado. Y gracias por darme facilidades.

—Tu plan me pareció bueno —musitó Gordon—. ¿Pudiste colocarlo todo bien?

—Creo que sí.

—Lo extraño es que Mike no viese ninguna de tus pequeñas cámaras: es un lince, te lo aseguro. Pero... parece que no le dio tiempo a nada... Por Dios, este plan lo ideé yo... Si ese muchacho muere...

—Iré a recoger las cámaras —susurró Merrit—. Si todo ha funcionado debidamente sabremos cómo entró y salió este hombre de la cabaña.

—¿Cuánto tardarás en saber algo?

—Bueno... Cinco o seis horas. Hay que revelar las películas, secarlas... Por lo menos, cinco horas.

—Está bien. Será mejor que no digamos a nadie este... plan privado nuestro. Noah: no me gustaría ser blanco de cuchufletas, si sale mal.

—Entiendo. Ahí va la ambulancia... ¿Estarás en ese hospital, supongo? —señaló la inscripción en un lado de la ambulancia.

—Sí... Mientras haya esperanzas para Mike.

—Bien. Hasta dentro de unas horas. Ahí llega la chica... ¿Quieres un buen consejo de... índole psicológica?

—¿Qué consejo?

—No le digas que Mike quizá se salve. Ella está ya aceptando la idea de su muerte. Si ahora le dices que quizá se salve y luego muere... serán dos golpes en vez de uno. ¿Lo entiendes?

—Sí, desde luego. No le diré nada, tienes razón.

Merrit se fue hacia la cabaña, cruzándose con Hopkins y Wanda que caminaba como una sonámbula.

—Ahí lo tiene, —señaló Gordon a míster x—. Sin gafas ni sombrero... ¿Lo conoce ahora?

Ella miró el cadáver, todavía como alucinada... Y de pronto, lanzó una exclamación.

—¿Lo conoce? —exclamó también Gordon.

—Es... es... Sí, es él...

—¿Quién es? ¿Quién, quién...?

—Se... se llama... Cornell Samuelson... Es un psiquiatra que yo estuve visitando en Chicago...

—¿No fue en Chicago donde mataron a su primer marido?

—Sí... Sí, sí.

—Pero no comprendo... ¡Un psiquiatra! Más bien se ha estado portando como un auténtico loco... ¿Por qué la ha estado siguiendo y asesinando? ¿Por qué?

—Él... él intentó un día, en su consultorio... Bueno, cuando yo estaba tendida en el sofá, él saltó sobre mí... Dijo que me amaba, que... ¡Oh, Dios mío!

—¿Usted lo rechazó?

—¡Claro! —Casi gritó Wanda—. ¡Claro que lo rechacé! Se puso como un loco y tuve que escapar corriendo de allí. No volví nunca más a su consultorio, desde luego... La verdad es que... lo había olvidado...

—Pero pudo haberlo reconocido cuando le hablaba por teléfono, señorita Karr.

—Oh, es que no... no era su voz, no sé...

—Debía desfigurarla —sugirió Hopkins.

—Llevaba LSD en los bolsillos —dijo Gordon—. Parece que el pobre diablo se volvió loco definitivamente por culpa de las drogas. Él dijo que usted había destrozado su vida.

—¿Yo? —exclamó Wanda—. ¿Yo su vida? ¡Dios mío, pero si ha sido él quien...! ¡Ha sido él quien ha estado destrozando la mía, ha sido él, él, él...!

—Cálmese. —Gordon miró a Hopkins—. Será mejor que te la lleves a una clínica, Hopkins. Que le den un sedante, que vean lo que pueden hacer por calmarla. Quédate con ella y avísame dónde os quedáis. Cuídala bien, está desquiciada.

—Sí, señor. Vamos..., señorita Karr.

Wanda se dejó llevar como una niña. Gordon se fue tras ellos, los estuvo mirando mientras entraban en uno de los coches y los vio marcharse... Cuando entraba en la cabaña, Merrit salía, con su maletín, que alzó.

—Todo recogido. Esperemos que esas cámaras especiales funcionen debidamente. Ya contamos con la oscuridad si ellos apagaban la luz, así que debería funcionar todo bien. Lo único que puede haber fallado son los mandos a distancia para poner en

funcionamiento las cámaras. Ya veremos. ¿Te quedas aquí?

—Unos minutos. Voy a dejar esto a cargo de los muchachos, y me iré con uno de ellos a ver a Mike.

CAPÍTULO VIII

Eran más de las seis de la mañana cuando el cirujano apareció, empujando con gesto fatigado las puertas del quirófano. Gordon y Tully se pusieron en pie, despacio, mirándolo fijamente. El capitán tragó saliva y se adelantó.

—¿Y...?

—Les sugiero —sonrió el médico— que todos los que trabajan en la policía se hagan fabricar camisetas de esa fibra.

—¿No ha muerto? —Casi aulló Tully.

—Por ahora no. Desde luego, va a tener más cicatrices que nadie del mundo, pero... se salvará. A menos que surja alguna inesperada complicación, lo que no creo, sinceramente.

—Yupiii —musitó Tully elevando luego la voz—. ¡Yupiii!

—No podemos verlo, claro —sonrió Gordon de oreja a oreja, tentado de imitar a Tully.

—Qué barbaridad, claro que no... Oigan: ¿por qué no hacen lo mismo que yo?

—¿El qué?

—Irse a descansar. Lo necesitamos todos.

—Sí... Es cierto. Gracias, doctor. Gracias por...

—Tonterías. El trabajo de ustedes es recibir batacazos y el mío curarlos.

—Sí —rió Tully—. ¡Je, je! ¡Es verdad! Oiga, jefe, vamos al Departamento pitando, a decirle a todo el mundo que Mike seguirá siendo el chico guapo... ¿Eh? ¿Qué le parece?

—Buena idea. Adiós, doctor, y de nuevo gracias.

Se despidieron, bajaron los dos pisos y cuando estaban cruzando el vestíbulo una enfermera se les acercó presurosamente saliendo de detrás de recepción.

—¿Ustedes son de la policía?

—Sí —se sorprendió Gordon.

—Llaman al capitán Gordon por aquel teléfono... Dicen que es algo urgentísimo y muy importante.

—Gracias. —Gordon fue a atender la llamada, mientras Tully encendía un cigarrillo—. ¿Sí?

—¿...?

—Ah, hola, Noah. Oye, te había olvidado. Mike se ha salvado. ¿Cómo han ido las cosas por...?

—...

—Ah... Espléndido. Sí, ahora mismo iba para allá. Tardo diez minutos... ¿Que?

—...

—Bien... De acuerdo, no comentaré nada absolutamente con nadie. Voy para allá.

* * *

—Todo está a punto —dijo inexpresivamente Merrit, que los esperaba en la sala de proyecciones—. He tardado un poco más porque con las películas de las dos cámaras he montado una sola, con lo interesante. De este modo, de una sola vez, lo verás todo.

—Entiendo. Bueno, vamos allá.

—Será mejor que te sientes.

Gordon miró sorprendido a su amigo y colega. Pero, la idea de sentarse era francamente buena. Lo hizo, suspirando, igual que Tully, que lo hizo a su lado. Merrit apagó las luces y se dirigió hacia el proyector. Segundos después aparecían las imágenes en la pantalla...

Y a cada imagen que aparecía, los rostros de Gordon y Tully se iban tornando más y más pálidos, más y más desencajados por el pasmo, el terror más absoluto al fin... La película terminó, Merrit encendió la luz y se dedicó a recuperarla, en silencio mientras Gordon y Tully seguían inmóviles como estatuas, blancas como yeso...

—Está bien —susurró por fin Gordon—. Está bien. A fin de cuentas, este asunto está terminado.

—Ya terminó —sonrió Gordon—. Todo está bien, señorita Karr, no debe temer nada.

La muchacha miró temerosamente hacia la cabaña, ante la cual se había detenido el coche, conducido por Tully. Junto a éste iba Merrit. Detrás, Gordon y Wanda. Hacía un hermoso día, y Gordon sonriendo comprensivamente, salió del coche, lo rodeó por detrás y abrió la portezuela junto a la cual se sentaba la muchacha.

—Vamos, vamos... Tiene que empezar por aquí precisamente, tiene que empezar afrontando lo último malo de su vida. Si no quiere quedarse, recoja al menos sus cosas... y... podrá marcharse a donde quiera.

Wanda se apeó. Entraron en la cabaña, y Merrit, con un gran maletín en la mano izquierda, se dirigió al *living* en silencio. Y en silencio, procedió a montar todo lo necesario para la proyección, mientras Wanda lo contemplaba, asombrada, intrigada.

—¿Qué está haciendo? —preguntó al fin.

—Sólo serán un par de minutos —explicó Gordon—. Antes de marcharse, quisiéramos que viese usted una película, para que nos haga una identificación. ¿Estás listo, Noah?

—Casi... Ya podéis ir cerrando las ventanas.

Tully cerró las ventanas, mientras Gordon señalaba amablemente un sillón a Wanda. Él se sentó a su lado, tomando un cigarrillo de la cajita que había en la redonda mesita de centro. Y encendió mirando a Merrit, que asintió con la cabeza.

—Listo.

—Apaga la luz, Tully.

Éste, que todavía estaba junto al interruptor, lo accionó y la habitación quedó a oscuras... hasta que apareció la primera imagen. El resplandor del foco de proyección era suficiente para que pudiesen verse perfectamente unos a otros, como teñidos de gris...

Pero veamos la película de sesión privadísima:

La puerta del *bungalow* se abre, aparecen Wanda y Mike, que entran. Hablan, pero la película es muda, así que sólo refleja el movimiento de sus labios, sus actitudes. Mike abre una ventana del *living* luego, se le ve abriendo la del dormitorio. Wanda lo mira como aterrada, él le dice algo, sonrío. La abraza, la besa. La aparta. Hablan. Wanda se quita las ropas, quedando en sujetador y

pantaloncitos. Mike está de espaldas. Ella toma del armario un albornoz, se vuelve hacia él, dice algo. Mike la mira. Wanda entra en el cuarto de baño, cierra la puerta. Mike saca su radio de bolsillo, se pone a hablar. Termina, guarda la radio, mira a su alrededor, sale del dormitorio, sonríe al pasar ante el cuarto de baño... Desaparece en la cocina, pero no se sabe, no se ve en la película lo que hace allí dentro. Sale, va al *living*, echa un vistazo, recapacita y vuelve al dormitorio. Echa un vistazo al exterior por la ventana de éste. Se vuelve, se quita la chaqueta girando los ojos en todas direcciones... Su mirada queda fija en un punto alto, primero alarmada, luego sorprendida...

—Aquí —se oyó de pronto la voz de Merrit— él debió ver la cámara que yo había colocado. Primero pensó que podía ser un artefacto explosivo, pero luego, se sorprende al comprender que es o parece una cámara.

Sigue la película muda, mientras tanto: Mike está mirando hacia arriba... Cambia el cuadro. La puerta del cuarto de baño se abre, lentamente, y Wanda asoma la cabeza. Ve a Mike de espaldas. Ella sale desnuda del cuarto de baño. Se la ve de espaldas. Lleva las manos atrás. Y en las manos, un puñal largo, de hoja finísima. Parece... una muñequita caminando hacia su amado, dispuesta a darle una cariñosa sorpresa: si Mike se vuelve, sólo la verá de frente, desnuda, sonriéndole dulcemente y acercándose, amorosa... Pero Mike no se vuelve antes de que ella llegue tras él, porque tras colocar la butaquita junto a la cortina, vuelve a mirar hacia arriba... De pronto, sí se vuelve como avisado. Se vuelve velozmente, llevando la mano a la pistola... Y Wanda Karr lanza la primera puñalada. Luego, otra, otra, otra... mientras Mike cae con la butaquita, de lado, de modo que, finalmente, la butaquita le queda encima. Wanda, cuyo rostro está transformado en una espantosa e increíble mueca de odio, casi de locura, lo contempla un par de segundos. Luego, evitando que desde su propio cuerpo salpicado de sangre de Mike o desde el cuchillo, caigan gotas de sangre al piso, va al *living*, y provoca la avería de la luz.

Inmediatamente la película se oscurece, pero sigue viéndose perfectamente a Wanda. Es como un filme de pantalla grande, todo ha funcionado perfectamente. Wanda va de nuevo hacia el cuarto de baño, quita la llave de la cerradura y la tira al suelo cerca de la

puerta. Luego entra en el cuarto de baño, la puerta se cierra. Fin.

La película ha terminado.

Hay unos segundos de silencio, hasta que se oye la voz del capitán Gordon:

—Usted, Wanda, lo tenía todo previsto. Se mandó hacer otra llave del cuarto de baño, días antes, para poder encerrarse por dentro; lo cual demuestra que ya tenía decidido asesinar a Mike. Es una magnífica coartada, pues nadie pensaría siquiera al encontrarla encerrada, que usted lo había apuñalado. Realizó una magnífica actuación. Una vez dentro, cerró con su llave y se duchó, para quitarse las salpicaduras de sangre, mientras gritaba, ya que tenía que reaccionar así al encontrarse a oscuras. Pero antes ni siquiera se había mojado el cabello, pues si hubiésemos visto agua, habríamos sospechado de usted, evidentemente. Todos creeríamos que se había apagado la luz mientras usted se duchaba, pero no fue así, ya que permaneció seca, esperando el momento de salir para matar a Mike, sin dejar charcos de agua. Luego se duchó, Teniendo ahora en cuenta esta astucia suya, podemos comprender su coartada respecto al asesinato anterior, en la persona de Samuel Wendell, su tercer marido, en Nueva York: primero usted apuñala a Samuel Wendell cuando éste sale del baño. Luego, tranquilamente, se baña usted, pues sabe que en esos pocos minutos, el cadáver no sufrirá alteraciones de rigidez, calor, etcétera. Ya bañada, limpia de sangre, se pone sus trapitos y se va a la cabaña-conserjería, simulando que no esperaba encontrar a nadie allí, pero, naturalmente, sabiendo que sí la va a ver alguien.

Hace su comedia, adquiere los cigarrillos, vuelve a su cabaña, y grita... Es monstruoso..., pero magnífico como coartada, también la de esta vez es buena. Y supongo que también debió prepararse muy buenas coartadas en Chicago y Los Ángeles, ¿verdad? Abre las ventanas, Tully.

La luz del sol.

Wanda, rígida, inmóvil, parpadea. Gordon la mira fríamente.

—¿Verdad? —insiste.

—En efecto —sonríe siniestramente Wanda—. Verdad.

A una seña de Gordon, Tully se dirigió al cuarto de baño... Salió un par de minutos más tarde, llevando en una mano el largo puñal y una llave; depositó ambas cosas sobre la mesita redonda,

musitando:

—Estaban en el depósito del inodoro, señor.

Gordon asintió con la cabeza y miró de nuevo a la muchacha.

—¿Por qué? —musitó—. ¿Por qué, señorita Karr? En nombre de Dios, ¿por qué?

La muchacha volvió hacia Gordon sus hermosos ojos.

—Por dinero y por odio —replicó cínicamente—. Más por odio, pero al mismo tiempo, me he ido enriqueciendo. Ha sido formidable ir heredando de mis maridos, pasando siempre por la pobre víctima del infortunio y la fatalidad... Y eso es lo que fui hace tiempo: la víctima de tres hombres, tres... bestias inmundas que me encontraron en el campo, a solas, una tarde... Lo recuerdo... como si estuviese sucediendo ahora mismo... Yo acababa de cumplir quince años y ellos... ellos hicieron conmigo... Desde entonces odio a los hombres, especialmente a los que llegan a tocarme, a los que se atreven a ponerme las manos encima, míster X, como ustedes lo han llamado, llegó a penetrar en mi mente durante las consultas que le fui a hacer durante unas semanas, y dijo... dijo que yo tenía algo que cambiaba mi... personalidad en determinados momentos. Parecía asustado, pero, aun así, también él intentó ultrajarme, diciendo que me lo daría todo. Todo lo suyo. —Wanda rió agudamente—. ¡Pobre desgraciado! Para lo que yo ambicionaba, él era un muerto de hambre, así que me marché y me dediqué a buscar hombres más ricos, mucho, muchísimos más ricos, para heredar de ellos después de vengarme en ellos mismos de mis malos recuerdos... Pero míster X... ¿De qué estábamos hablando?

Miró como aturdida a su alrededor. Gordon miró a Merrit, desconcertado. El investigador especial del FBI parecía abrumado, entristecido.

—De sus maridos y de *Mr. X* —dijo suavemente.

—Ah sí... Sí, míster X me seguía a todas partes, se enteró de que era yo quien mataba a mis maridos, y me lo dijo, pero asegurándome que me amaba tanto, que jamás me delataría. Me llamaba por teléfono, me suplicaba amor y que no matase a nadie más o él se lo contaría a la policía. Pero yo sabía que él nunca me delataría. Estaba loco por mí...

—Loco y desesperado —susurró Gordon—. Y hasta tomaba drogas. Ciertamente, lo destruyó usted, Wanda.

—¿Y a mí qué me importa? Pero finalmente, me empezó a fastidiar ya tanto, que decidí quitarlo de mi camino, llamando la atención de la policía sobre él. Aunque no le hubiesen matado, nunca habrían creído sus acusaciones contra mí si llegaba a hacerlas, sobre todo cuando, al desaparecer él o ser encarcelado, yo dejase de ir quedando viuda. Ya tenía bastante dinero y podía decir adiós de una vez para siempre a los malditos hombres, esas... esas bestias... que odio con toda mi alma. Los odio tanto, que la sola idea de que uno me toque me estremece de asco, de furia, de horror... Los odio tanto, tanto, que no podría haber soportado el contacto de ninguno de ellos sin tener la certeza de que luego los iba a matar, a matar, a matar... Y puesto que Mike también tuvo contacto conmigo, tenía que morir... ¡Yo tenía que matarlo, aunque fuese policía, aunque fuese... lo que fuese! Y preparé mi coartada para mi última venganza, pues ya estaba llamando demasiado la atención de la policía... ¡No podía dejarle a él con vida, aunque míster x me hubiese llamado para decirme que esta vez estaba dispuesto a impedirlo, por mi bien...!

—Por eso estaba por aquí, el pobre hombre. Y cuando lo vimos, tuvo miedo, escapó... No tenía valor para delatarla, estaba hundido en un... amor que era ya locura, estaba destrozado por la droga... Y murió sin delatarla, pidiéndonos perdón por no hacerlo, mientras nosotros pensábamos otras cosas... Pobres hombres...

—¡No! Los hombres no merecen compasión —cuino Wanda—. ¡Son todos como bestias! ¡Todos! Y sólo les permitía tocarme cuando pensaba que muy pronto los mataría, me vengaría de todos en cada uno de ellos que se atreviera a tocarme... ¡Me alegro de lo que he hecho, me alegro de haberlos matado, y me alegro especialmente de haber matado a Mike, por ser agente de...!

—Le mentí, Wanda —dijo Gordon—. Mike está vivo. Y se pondrá bien.

Wanda lo miraba como si no lo hubiera comprendido. De pronto, lanzó un alarido de furia infinita, se abalanzó hacia el puñal, lo tomó de sobre la mesita, lo blandió sobre Gordon, y lanzó un golpe fortísimo, terrible... del cual sólo pudo escapar el capitán del P. D. saltando hacia atrás, derribando el sillón y rodando por encima, hasta el suelo.

Aullando como una auténtica loca que ha perdido

definitivamente el control, rugiendo por haber sido engañada, Wanda Karr siguió tras él, como una fiera, alzando de nuevo el cuchillo...

Tully, que ya había sacado su pistola, no vaciló ni un segundo. Era una elección muy simple: o Gordon o Wanda.

Cuando apretó dos veces el gatillo de su pistola su pulso no tembló lo más mínimo.

Y Wanda Karr quedó tendida cara al techo, muy abiertos los ojos, todavía empuñando crispadamente el puñal, y jadeando:

—Os odio, os odio, os od...

ESTE ES EL FINAL

—Dios —se estremeció Mike Morris—. Dios, qué horrible...

—Sí. Ha sido un asunto... escalofriante en verdad. Era una desquiciada, sin duda alguna.

—Pues no lo parecía. Claro que aquellos estremecimientos cada vez que la besaba o...

—Todo terminó —encogió los hombros Gordon—. Ahora, ella está... dormida.

—Pues será mejor que no despierte nunca —exclamó Mike, respingando.

—No creo... Bueno, si acaso, cuando todos estemos dormidos. Esto es, el día del Juicio Final.

—Lo va a pasar muy mal entonces —susurró Mike, que de pronto miró a Noah Merrit—. Desde luego, yo no esperaba el ataque desde dentro, señor. Pero, dígame: ¿qué clase de películas había filmado usted si no hubiese ocurrido aquello?

—Pues no sé —sonrió Merrit—. Supongo que no apta para menores.

—No me hace nada de gracia.

—Dime la verdad, Mike —preguntó Gordon—: ¿Tú empezabas a amarla?

—¿La verdad, señor...? Pues le diré que sí, que me pareció que empezaba a amarla. Sólo me pareció, ¿comprenden? Quiero decir que cuando uno desconoce el amor cualquier cosa puede parecerle amor. ¿Está claro? ¡Pero ahora ya no me confundiría!

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuánto tiempo me queda de estar aquí? —preguntó a su vez

Mike.

—Hombre, sólo llevas dos semanas... Supongo que otras tantas, por lo menos.

—¡Yupiii...!

—Está desvariando —dijo Merrit—. Será mejor que nos marchemos.

—Sí, sí, desvariando... —Se pitorreó Mike—. ¡Desvariando yo! ¡Ahora van a ver mis desvaríos!

Se volvió hacia la mesita de noche, y tocó el timbre de llamada. Podría decirse que aún estaba sonando el timbre cuando la puerta del cuarto se abrió y apareció una enfermera que dejó atónitos a los visitantes. Alta, esbelta, de grandísimos ojos oscuros, piel que parecía de oro, cuerpo escultural, un gesto dulcísimo en su boquita redonda... Un ángel. Un ángel que se acercó rápidamente a la cama, y se inclinó sobre Mike Morris.

—¿Qué ocurre? —se interesó, alarmada—. Mike, ¿estás bien? ¿Te duele algo? ¿Alguna complicación...?

—Sí —susurró Mike, tocándose los labios con un dedo—. Me duele mucho aquí, Roxana...

—¡Oh, pobrecito mío...!

La enfermera se inclinó más, y besó a Mike en los labios, mientras Gordon y Merrit cambiaban una mirada estupefacta, que se llenó de risa cuando, al volver a mirar a Mike, vieron que éste les estaba mirando por un lado de la cabeza de la enfermera, y que les guiñaba un ojo...

—¿Te sientes mejor, Mike? Creo que deberías quedarte solo, nada de visitas...

—¡Caracas! —No pudo evitar la exclamación Gordon—. ¡No se puede decir que pierdas el tiempo, Mike!

—Y esta vez no me equivoco, señor... Así que ya ve: tengo que estarle agradecido a aquella bruja asesina. ¿Verdad, mi vida?

—Verdad... —sonrió Roxana—. No sé de qué me hablas, pero sea quien sea quien te envió aquí, yo le estoy agradecida.

—Está usted hablando de una pobre loca con un desquiciamiento lógico producido por horribles recuerdos —dijo Merrit—. De todos modos, loca o no, supo organizarse muy bien para hacer cosas horribles y enriquecerse mientras tanto.

—Pero si estaba loca... ¡Pobrecilla! —exclamó Roxana—. ¡Dios

la perdone!

Mike miró aterrado a Roxana. Miró luego su pecho completamente vendado, de nuevo a Roxana... Y terminó por agarrar una mano de ésta, volver a guiñar el ojo a Gordon y Merrit, y decir:

—Amén.

FIN



buenas noches

¿A USTED LE QUITAN EL SUEÑO LA INFLACION,
LAS LETRAS DEL AUTOMOVIL Y LOS RECIBOS DEL GAS?

¡PUES RELAJESE, HOMBRE! Y APUNTESE
A NUESTRA CARCAJEANTE Y PICARUELA



LA REVISTA DE LOS CHISTES SEXY;
LLENOS DE BUENA INTENCION.

¡YA ESTA A LA VENTA!

good night



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Precio en España: 25 ptas.

Impreso en España



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...